



Haciendo Visible lo Invisible

CIAMI

Centro de Información
y Asesoramiento a la Mujer
e Igualdad

CIAMI VQ

Título: Haciendo visible lo invisible

Autoras: Referencia página 179

Fotografía: Eusebio Aláiz

Audios: Varios

Maquetación: María Fabra Rodríguez

EDITORIAL PÉNDULA S.L.

Primera Edición 2021

Depósito legal: DL-LE 467-2021

Idea original: CIAMI Villaquilambre

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento digital, ni la transmisión por ninguna forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright

HACIENDO VISIBLE LO INVISIBLE

Desde el Ayuntamiento de Villaquilambre, y en concreto desde la concejalía que represento, me siento muy orgullosa y satisfecha por haber trabajado en un proyecto tan completo y en perfecta armonía con más de 40 mujeres.

Hiladoras de sueños y realidades. Mujeres con historias silenciadas que las han convertido, con sus hilos, creatividad y muchas dosis de ternura, en algo material y hermoso.

Sueños, deseos, vivencias no siempre agradables, pero bordados en un proyecto común; Hacer visible lo invisible.

Y unidas, como el hilo a la aguja, se enhebran al proyecto 40 escritoras, algunas más y otras menos profesionales de la literatura, pero con habilidosa pluma e ingenio para convertir cada puntada en palabras, sensaciones, sentimientos...

Y la idea inicial continúa desarrollándose con voces reales. Más participantes que se unen al proyecto de poner, a lo ya visible, voz y música, narrando cada uno de los cuentos.

No somos expertas de la costura, ni escritoras reconocidas internacionalmente, ni nuestras voces son profesionales. Somos mujeres, unidas en un proyecto que pretende poner arte, palabras y voz a un sueño: La igualdad, la posibilidad de susurrar o gritar, a través del arte, que deseamos vivir en armonía, y la armonía, palabra que ya he repetido dos veces, lo resume todo, es sinónimo de unidad, conciliación y paz.

María del Carmen Olaiz García

Concejala de Servicios Sociales, Familia, Mujer, Bienestar Social y Sanidad
Ayuntamiento de Villaquilambre

Entrehilos. Un proyecto que nace del protagonismo de las usuarias del CIAMI, que sin saberlo se fueron enredando en historias de solidaridad y empatía mutua.

Un proyecto que poco a poco fue encontrando a las mujeres que necesitaba para dar voz a otras muchas: las propias hacedoras de las camisetas. Ana Campos ha sido no sólo una dinamizadora en esta maraña de hilos e historias, sino mucho más... y por supuesto las escritoras, conocidas o no, que se han sumado, igual que todas, de una forma desinteresada, en este tren de retazos de hilos que han convertido en esto, en algo más.

Este espacio surge de la idea de poder contar historias silenciadas, historias no visibles que nos han rodeado siempre y que han supuesto en muchos casos la perpetuación de las desigualdades de género.

Muchas de las protagonistas han cosido siempre, pero no han cosido como contadoras de historias, y mucho menos de sus propias historias o de las mujeres de nuestras vidas

Contar sentimientos, tareas cotidianas, imágenes, espacios..... cosas de mujeres.....

Desde hace más de dos décadas llevo trabajando para intentar conseguir un espacio abierto, en positivo, donde todas las personas podamos de verdad tener esa igualdad plena, tan deseada que nos puede permitir obtener una verdadera igualdad.

En este encuadre es donde se comienza a fraguar este proyecto ENTREHILOS, donde las mujeres, generación tras generación, hemos sido las labriegas, hacendosas y cuidadoras de los espacios de puertas adentro, de nuestras casas, de nuestras familias, de nuestros antepasados.... en silencio, pero que poco a poco bajo esas voces, casi sin voz, comenzaron no hace poco a abrir el camino.

Al principio simplemente se trataba de conseguir contar la vida de mujeres de otros países, pero a medida que íbamos hilvanando este espacio, surgían sus propias historias y, sobre todo, las "vidas de otras mujeres cercanas que han trabajado en silencio a nuestro alrededor.

Dar las gracias a todas las personas que nos acompañan, entidades, instituciones, asociaciones, pero las mujeres protagonistas son las que hilan estos trabajosdespacito, en silencio.

Ana, ha sido la dinamizadora que ha provocado un derroche de imaginación, buen hacer, compartiendo historias, complicidades, sentimientos, alegrías y frustraciones ...

Hilando, hilando, no se podía quedar todo solo en las imágenes, había que dar protagonismo a las palabras, palabras contadas desde la implicación y la complicidad de lo que transmitían las propias camisetas y bolsas. Llegar más allá..... tan sencillo como complicado , dar a luz en hilos y palabras de mujeres para hacer visible lo invisible .

Por eso, desde este lado, en el que es tan simple como difícil, os invito a que compartáis estas historias e imágenes, estos espacios en los que todas las personas necesitamos tener nuestro espacio de visibilidad.

Gracias por HACER VISIBLE LO INVISIBLE .

Carmen Fernández Llamazares

Técnica de Igualdad - Coordinadora CIAMI vq
(Centro de Información y Asesoramiento a la Mujer e Igualdad)

El grupo Entrehilos fue diseñado y creado por el Ciami del ayuntamiento de Villaquilambre para desarrollar un espacio de igualdad en el que las mujeres pudieran compartir un lugar en el que planificar y ejecutar, como así lo han hecho, distintos proyectos textiles. De ahí procede su nombre, Entrehilos, como una metáfora de tejer, enredar y desenredar, hilar historias, sus propias historias de mujeres, entretejidas con las historias de otras mujeres, y así han elaborado tejido de participación, de comprensión y de ayuda mutua.

Cuando se recorre un camino de creatividad como el mío, es fácil encontrar senderos cercanos, como cuando Carmen contactó conmigo y me habló del espacio y de las mujeres. Estas mujeres del Ciami conocen las técnicas textiles muy bien, y les gusta realizar estas tareas, por lo que es muy sencillo que entiendan qué pueden hacer, solo necesitaban una persona que dinamizara una actividad, "Haciendo visible lo invisible".

El entusiasmo que trasmite Carmen es contagioso. Ese acicate hizo que aceptase el reto, porque entendí que se ponía en mi camino una oportunidad de crecimiento en la creatividad textil, y también por la ilusión de avivar un fuego que ya compartía con ellas, la expresividad de unas ideas, de unas emociones y de unos sentimientos propios de mujeres. Así nace el proyecto. Se trata de impulsar al grupo hacia la creación, hacia la expresión, hacia el hacer, con un sentido.

En esto venimos trabajando todo el dos mil veintiuno, de una forma ininterrumpida. La actividad ha sido abierta tanto a la participación continua como a la puntual, con talleres presenciales y con trabajo de reflexión y realización individuales. Con camisetas blancas y negras de varios modelos y tallas, con el perfil del rostro de una mujer y siempre con una frase, "Haciendo visible la invisible", estampada en el centro de la parte delantera. A este rostro base le hemos ido dotando de un gesto, una edad, un tema, una historia, un recuerdo, una vida. Con colores, texturas, materiales orgánicos, música, hilos y muchas puntadas, puntadas ensayadas desde niñas con el rigor de lo primoroso, que se han salido de las costuras en la tarea de encontrar el camino de pensar el arte, la educación, el conocimiento y la vida, la propia vida de las mujeres que están detrás de la aguja mostrando lo que cada una de ellas ha querido compartir y enseñar.

Promovimos objetos, las camisetas, en un proceso hermoso, con una primera reflexión, ¿qué quiero expresar y cuál es la mejor manera de hacerlo?, ensayando entre aciertos y titubeos, perdiendo el miedo a

equivocarnos, con curiosidad, inquietud, respetando los procesos de creatividad de cada una, ponderando los logros de todas y de cada una, con pasión por la creatividad, descubriendo lo que somos capaces de hacer, con unos roles de autoridad compartida, enseñando a las demás quien sabía hacerlo mejor, contagiándonos esas conexiones mentales que generan otra realidad.

Hemos trabajado con la inmensa alegría de reconectarnos con el ser íntimo, nos hemos comunicado también unas con otras, nos hemos mantenido unidas en una tarea y en un sentimiento de respeto mutuo, de escucha atenta y de apoyo.

Coser, tejer, bordar para construir un tejido es una actividad universal, también es un territorio y un paisaje de millones de personas. Tareas cotidianas. Zurcir, remendar, dar vida a lo roto. En este entorno nos movemos. Lo mostramos como algo valioso. La fuerza de lo que dicen estas camisetas ha trascendido a otra cosa, a las historias que nos cuentan las mujeres escritoras. Me siento feliz de formar parte de esta tarea de motivar a otras mujeres haciendo visible lo invisible.

Ana María Campos de Mata

Dinamizadora del Proyecto ENTREHILOS, CIAMI vq

ANA CAMPOS





LO CORRECTO

YOLANDA CASADO GALÁN

Voz: YOLANDA CASADO

No, te equivocas. Siempre he hecho lo que he querido. Lo que pasa es que coincidía con lo que tú creías correcto.

Me gusta empezar con esta frase porque resume muy bien mi vida.

Estudié porque quise estudiar. Qué le voy a hacer, me gustaba.

Desde niña fui curiosa y quise saber el porqué de las cosas. Esto fue motivo de orgullo para mi familia y mis maestras, aunque no lo hacía por ellas. Podía parecer obediente y formal, pero en realidad era una rebelde: no me conformaba con aceptar, quería comprender. Y así, con un libro bajo el brazo, llegué a la universidad.

Allí fue donde por primera vez oí los rumores.

La verdad es que era bastante evidente, pero reconozco que estaba tan imbuida en mis estudios que no fui consciente del cambio de género, y es que con los años, casi sin darme cuenta, pasé de hablar de maestras a profesores.

Muchas de mis compañeras, intimidadas, se cambiaron a carreras más “adecuadas”, donde la ratio era más femenina. Yo no. No soy supersticiosa. Yo seguí con mis libros, destacando entre mis compañeros que me miraban celosos e incrédulos y a los que sorprendía con comentarios del tipo: “para servir cafés, no hace falta tanto”. Pero no me importó, yo seguí a lo mío, terminé mis estudios y busqué trabajo, y tan absorta estaba en continuar mi camino, que no lo vi venir y me dí un coscorrón terrible.

La sorpresa me dejó pasmada un buen rato.

Tal vez, por el dolor de cabeza.

Levanté la mano y acaricié la superficie con delicadeza. Era un techo. Un techo de cristal. Transparente, suave, rígido. Resultaba que los rumores eran ciertos. Hasta aquí podía llegar. Mis títulos, mi curriculum, no servían para nada más. Mis compañeros seguían avanzando pero a mí se me negaba la posibilidad, aún sabiendo que yo era más brillante.

En vano busqué una rendija por donde colarme. Imposible. Estaba bien sellado. Me quejé, protesté. Ni siquiera sé si me oyeron o si mis peticiones provocaron algo más que risa y lástima.

Intenté romperlo a golpes. Era firme, inamovible. Solo conseguí hacerme daño a mí misma.

Al final, erguida frente aquella barrera, se presentaban ante mí dos opciones: aceptar mi realidad y dedicarme a otra cosa, o hacerme invisible como aquel muro y dejar que mis méritos se los llevara un hombre, como tantas veces había sucedido a lo largo de la historia.

Elegí el camino correcto, claro, pero no por los motivos que ellos esperaban. Como ya dije al principio, siempre he hecho lo que he querido.

Elegí crear un ejército de mentes libres sin trabas ni miedos para que puedan llegar a donde ellas, y solo ellas, quieran llegar. Por eso me gusta empezar con esta historia cada nuevo curso. Una sola no puede romper un techo de cristal, pero entre todas, entre todas lo haremos añicos.



ANA CAMPOS





YA LO HAGO YO

SILVIA PÉREZ

Voz: SILVIA PÉREZ

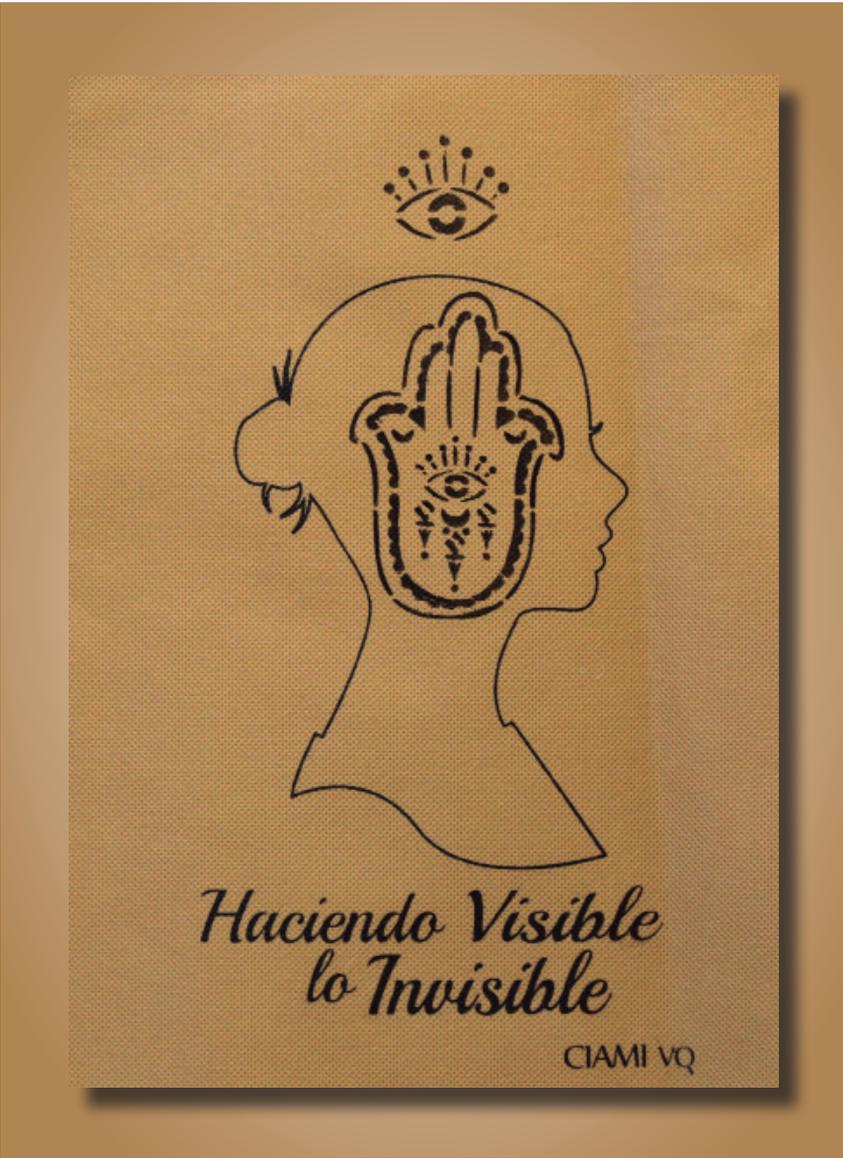
Deja, que ya lo hago yo. Si no me cuesta y tú tienes tanto trabajo. ¡Ay hijo!, no insistas. Quitá, que yo aguanto más. No ves que tú no sabes. Que eres un desmanotado como tu padre -que en paz descansa- que no sabía hacer nada de la casa. Y si se ponía -¡ay!- ni acordarme quiero.

Qué torpeza, qué lentitud, qué estorbo. Que Dios me perdone. Siéntate y no se hable más. Te he traído jamón del que te gusta, te pongo un poco. Yyyy una cerveza. Ya está cortado y si cojo el plato así, como si fuera una bandeja, no me hago daño en las manos.

Me lo ha enseñado la chica de la rehabilitación; la terapéutica esa. Los hombres no estáis hechos para esto de la casa. Estando yo aquí ¿qué vas a hacer tú? Es cierto que estas malditas manos mías están por darlas, pero ya no me duelen tanto. Desde que se han deformado y, con la rehabilitación, me voy apañando. Mira, qué adhesivos, garras parecen en lugar de manos, pero no van a poder conmigo.

El hijo la mira en silencio. Da la pelea por perdida y se deja querer.

ANA CAMPOS





CORAJE Y ALBÓRBOLAS

MANUELA BODAS

Voz: MANUELA BODAS

Absorta y llena de dudas, Nayette observaba el desierto desde la pequeña ventana de la jaima. La luz del sol sobre las dunas, el temblor trémulo del horizonte, el hilo invisible y poderoso que dan las raíces de la tierra donde se nace.

— Que pronto ha llegado el momento.

Nayette volvió la cabeza y se abrazó al padre. Ambos sintieron sus corazones galopando en desbandada.

—¿Pero es obligatorio desposarse padre? Tú y yo nos hemos defendido muy bien solos, y hemos compartido todo el dolor del mundo cuando madre nos dejó.

—Son las leyes, está escrito. Tú ya estabas destinada al hijo de mi primo desde el nacimiento.

—¿Sabes cuánto hace que no veo yo a ese hijo de tu primo? Una eternidad, y fjate lo que te digo, si ya era mayor entonces... ¿Es mayor que tú verdad?

El padre la toma en sus brazos y la consuela. Está tan consternado que si por él fuera, escaparían los dos ahora mismo.

—¿Te acuerdas cuando lo conoció madre? No se me olvidan sus palabras. “A ese no le entregaré nunca a mi hija, así que ya puedes ir pensando en sacarnos de aquí”.

Lloraron, lloraron tanto que hasta la pequeña lagartija que vivía bajo el suelo de la jaima salió a pedir compasión, pero al ver la polvareda que se levantaba ya cerca del lugar y el ruido de los cascos de los caballos, se volvió rápido a su encharcada cobija.

—¡Cuidala, cuidala mucho! Sabes que la vida me ha dado solo a esta joya, mimala y respétala como se merece.

La lagartija, negó con la cabeza: ¡Ni lo sueñes! Pensó.

Nayette temblaba cuando se subió a la grupa. No fue capaz de volverse para despedir de su padre. Durante el camino, en su mente solo se dibujaba la Mano de Fátima que su madre le había regalado cuando se vio tan enferma.

“Llévala siempre contigo, te protegerá, te dará fuerza y poder. No dejes que te menosprecien, ni que te hagan de menos, lucha por tu dignidad”.

—Voy a dar la vuelta. Se oyó decir en voz alta.

(Que contenta se pondrá la lagartija)

El hombre que sería su marido y el que le acompañaba se miraron y comenzaron a reírse.

—Dice que va a dar la vuelta. Jajajaja

—Tengo la impresión de que vas a tener un trabajo viejo. Esta es de las bravas. Si necesitas ayuda, me ofrezco encantado, hay que enseñarlas desde el principio.

Nayette miró al hombre de tú a tú cuando éste se le acercó. Tiró del cordón que sujetaba la Mano de Fátima y en décimas de segundo, el hombre vio su cuello abotargado por la presión del cordón. La Mano de Fátima, brillaba en la arena, deslumbrando al otro que noqueado por el valor de la muchacha huyó despavorido.

—Da gracias que te dejo con vida, pero recuerda, no vuelvas más por aquí. La Mano de Fátima me protege.

De vuelta a su hogar, Nayette dio las gracias a las arenas del desierto y a la vida, que le había regalado el coraje de su querida madre.

La lagartija la recibió con albórbolas y bailes de alegría.



BAHÍA ALFA





NACÍ MUJER

SOL MARCOS BUSCHEK

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Nací Mujer, y me siento orgullosa de serlo. No renuncio a mi “género”.

Un día, siendo aún niña, me taparon la cabeza y parte de mi rostro, pensé que era para ocultar mi belleza, para pasar inadvertida, y como símbolo de sumisión, pero mi esencia de mujer no cambió, siguió en mi interior, fortalecida con los años.

Me resultó extraño, pero con el paso del tiempo me acostumbré, asumí que era una tradición de mi pueblo.

Creo que ahora, si no lo hiciese, me sentiría como “desnuda” frente a la mirada de los demás.

Se ha convertido en un hábito diario, ducharme, vestirme, colocar sobre mi cabeza un pañuelo y sobre mi boca un trozo de tela, permitiéndome unos pendientes y una nota de color. Con ello pretendo alegrar un poco mi indumentaria y sobre todo, hacer patente mi estado de ánimo.

Ya no pienso en su significado tradicional, sólo en el mensaje que, cada día, transmiten los colores. Hoy: amarillo energía, rosa dulzura y negro poder.

Me tocó vivir esta vida en esta tierra, con sus costumbres, y me he resignado a ello, esto no implica que no sepa que existen otras mujeres, en otras tierras, que pueden mostrar su pelo y su rostro, sin avergonzarse por ello.

Acabo de sentir, una vez más, un latido en mi vientre. Llevo una niña dentro de mí que en pocos meses verá la luz. Este es un privilegio que tenemos las mujeres, poder llevar en nuestro interior una nueva vida.

Procuraré que ella no tenga que esconder su condición de mujer y que también, ¡se sienta orgullosa de serlo!

BAHÍA ALFA



EL TURBANTE

MANUELA BODAS

Caía la tarde en la ciudad. Aquel otoño le recordaba a los otoños de su aldea, cuando era niña y su madre la acurrucaba entre sus brazos con toda la fuerza del amor.

Un transeúnte la increpó: - Estoy hasta..., de los pañuelos y los turbantes de algunas.

Se le plantó delante. Se quitó el turbante y colocó su preciosa cabeza de perfil, para que pudiera apreciar el tajazo que atravesaba su cabeza.

El hombre quedó suspendido en el tiempo. Rememoró a su madre tendida en el pasillo.

—Lololo..., lo siento. Lo siento mucho

Luego tomó de la mano de la mujer el trozo de tela que hacía las veces de turbante, se lo colocó encima del hombro derecho y lo pasó por debajo de la axila izquierda, atándolo justo encima del corazón.

Caía la tarde en la ciudad, pero se levantaba la vida.

CAMINO ÁLVAREZ





ALAS PARA VOLAR

YOLANDA TRINIDAD DEL BLANCO

Voz: YOLANDA TRINIDAD

Alas para volar,
volar por cualquier cielo
cielo a veces oscuro
oscuro como algún pensamiento.
Pensamientos de mujeres
mujeres que guardan secretos
secretos que las bocas callaron
callaron para sus adentros.
Adentro, como el corazón,
corazón que grita al viento,
viento que aleja momentos
que necesitamos
nos dejen respirar más lento.
Lento como florece una flor
flor que alegra el invierno
invierno que cubre de blanco
blanco que ilumina el negro,
Negro que a veces oculta
oculta un mundo mejor,
mejor para ser tú misma,
tú misma con tu propia voz.
Voz que se haga oír
oír por muchos rincones
rincones que esconden historias,
historias, mujeres, ilusiones.
Ilusiones que han de salir
salir de aquellos cajones,
cajones cerrados con llaves
llaves que luego se esconden.
se esconden por miedo a veces,
a veces, por viejos rencores.

Rencores que atan tus manos
manos que ser libres quieren.
quieren vivir la vida,
la vida que no se detiene,
No se detiene al dormir
cuando tus sueños más crecen,
y crecen las ganas de decir,
de gritar al mundo que puedes:
que puedes vivir como quieres.
que puedes vivir como te mereces.



CAMINO DOMÍNGUEZ



ME LO CONTÓ EL VIENTO

LALY DEL BLANCO

Cuentan que en lo alto de la loma un árbol milenario con silueta de mujer, cortaba el horizonte. Sólo los sabios conocedores del hebreo sabían que Illiana significa roble. Nadie cuestionó que aquel robusto árbol con aspecto de hembra bonachona de caderas anchas tuviera un nombre femenino, porque su copa parecía un regazo capaz de amparar al mundo. De la misma forma que ningún niño sospecha que su madre tuvo infancia, ningún lugareño imaginó a Illiana joven porque su corteza terrosa y agrietada dejó la juventud en otro siglo. Illiana desprendía esa serenidad de las madres con mil tormentas en los ojos, surcos de tiempo en el rostro, la piel curtida por tantos soles como nieves y los vientos que un día peinaron su melena, anidando enroscados en su copa cana. Su belleza era tan plena que a nadie importaba ya si era mujer o árbol.

Cuando ya solo quedaba invierno en sus raíces, la madre tierra, viendo su cansancio, rogó al viento agitador de ramas que suavizara los impulsos y a los mirlos que no le despertasen tan temprano. Y aligeró el ímpetu de su propio eje, girando más silenciosa y lenta que nunca para no molestar a Illiana, que iba inclinando su viejo cuerpo. No intentó levantarse cuando, exhausta, cayó al suelo. La batalla que libraba con la vida, terminó, sintiendo la calma de entregarse al mismo lecho del que un día nació. Con esa sencillez su vida pasó a no ser muerte porque el árbol y la madre nunca mueren, ceden la vida a otro brote.

Dicen que durante un tiempo, sobre la loma se apreciaba un cuerpo tendido de mujer. Llovieron muchas lunas sobre ella porque los días no se atrevieron a existir. Allí tendida la encontrará el sol cuando un día se atreva a amanecer...pero ya no será ella.

No busque el final, ya va camino del principio...

Me lo contó el viento...

No busques el principio, ya va camino del final...

Allí tendida la encontró el sol cuando un día se atrevió a amanecer. El cuchicheo del viento la despertó. Abrió los ojos. Lentamente consiguió incorporarse y desplegar las ramas. Desde entonces, en lo alto de la loma, un joven árbol con silueta de una mujer, corta el horizonte.

Cuenta el viento, ése que nunca está quieto, tan dado a recorrer mundos, llevar historias y susurrar secretos, que la bella Illiana, hija de la mujer roble, es tan inquieta y libre que le cuesta peinar sus ramas. Y tan coqueta que reclama sus servicios a diario. Asegura haber visto al invierno, rendido ante ella, ponerle un maravilloso abrigo de nieve sobre los hombros, que Illiana luce majestuoso, aderezado con pendientes de hielo. Y que tiene el armario repleto de vestidos estampados, perfectos para lucir con las ramas sueltas, que la primavera le regala cada año, todos ellos cuajados de flores preñadas de esperanzas, que nacen al asomar el verano. Admite el viento haber sido cómplice arrancando sus hojas cuando ella, sin pudor ninguno, se deja desnudar por el otoño. Y confiesa sus celos cuando, al caer la tarde, Illiana reclama los servicios de la brisa para hacerle un elegante recogido, trabajo demasiado sutil para el impetuoso viento, que acecha a lo lejos para admirar sus maravillosos trajes de noche. El de plata, que luce en sus citas con la luna y el de cristal que el rocío le pone en los amaneceres.

Y así día tras día, año tras año, hasta que su tronco verde y joven empape color de tierra, grietas de batallas, arrugas de cansancios... y alcance la serenidad que da la vida.



Será

EDUCACIÓN

Miedo

EQUIDAD

Libertad

Telecomunicaciones

EMPODERAR

CORRESPON

OPORTUNIDADES

VÍCTIMA

CAMINO
DOMÍNGUEZ

CARMEN
AMAYA



REGINA
CASTAÑÓN

ROSA
GARCÍA



FLOR

EMILIA LAURA ARIAS

Voz: BEATRIZ CAMPO

Mi madre era una flor
Y ella nos regaba
Con besos, con sus ojos
Persiguiendo nuestros pasos
Una mujer flor
Una mujer jardín
Tan fuerte y creadora
Mágica y eterna.
No tenerla ahora
a este lado
es como no tener boca,
como caminar sin piernas,
como si los brazos fueran de papel.
Pero yo si tengo una madre,
una madre morena que se fue de golpe,
una madre de miel que me dio una boca,
unas piernas fuertes, unos brazos de carne y de
huesos.
Mi madre sabía reír, sabía cantar, sabía cuidar y sabía
hacer mermelada,
torrijas y tartas de galleta.
Mi madre me metió dentro tanto amor
como una conserva al final del verano.
Como hicimos aquel último agosto con las moras.
Y creo que llegaré al final de la vida con todo ese
amor dentro.
En la boca, en las piernas, en los brazos.
Pero me falta en el salón con sus piernas largas

En el baño con su olor a rosas
en la cocina, con su amoníaco, con su velocidad.
Me falta en su cuarto por las mañanas, con el olor a
menta de su Vicks Vaporub
Me falta en las plantas, los cielos, las estrellas las
mariposas y los gatos.
Me falta en el mundo una madre, la mía,
la que me dio el mundo en un tarrito de mermelada,
en la consulta de un dentista, en las clases de inglés,
en pintura, en el pediatra, en el parque infantil de
Navidad y en la cabalgata.
Me falta en el mundo mi madre
y todo es infinitamente más feo,
más mudo,
más gris,
más torpe.
Y ya no cantan canciones tristes
ni alegres
los cascabeles de su risa.

A MI MADRE, MARIBEL.

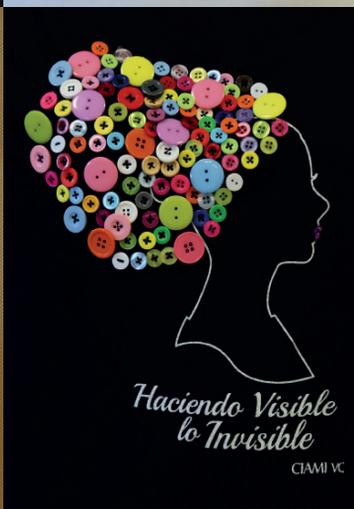
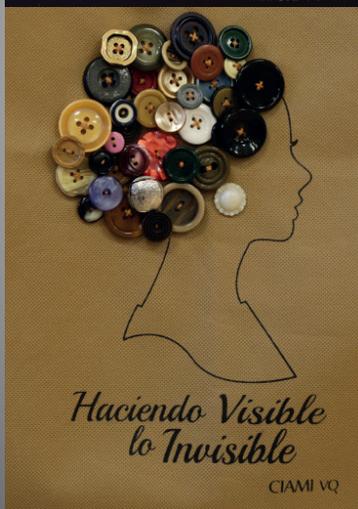
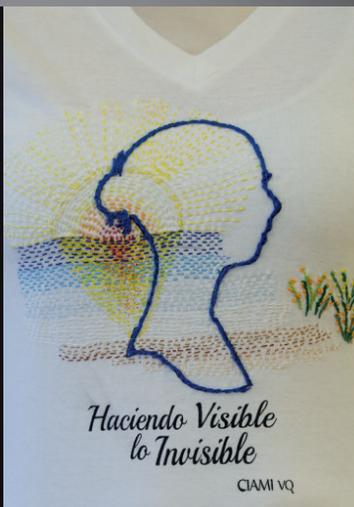
Sorrida

EDUCACIÓN

Miedo



CARMEN AMAYA



RUTH
RODRÍGUEZ

REGINA
CASTAÑÓN



SURCOS DE MAR

GELINES DEL BLANCO

Voz: JAVIER GUTIERREZ

Carmen nació y creció tierra adentro, donde humean las chimeneas, las cumbres se ponen tocados de nieve y los bosques cambian de traje cada estación. Su madre se puso de parto en el huerto, con barro en los pies, sol en la nuca y el agua serpenteando muslos y surcos. Mujer y tierra mimetizadas y cómplices en el cometido de perpetuar la especie. La niñez de Carmen estuvo poblada de trillos y grillos, aprendió a sumar en el pizarrín compartido y descubrió que había un mar escondido en el atlas de su hermano mayor. Pero las letras y los números apenas rozaron su infancia porque era más propio de niñas acunar la muñeca de lana, limpiar lentejas o reorganizar el costurero materno. Aguja, hilos y botones que cosían las tardes con las noches.

En su séptima primavera dominaba el respunte y la escoba, remataba las trenzas con lazos y regaba los geranios. El octavo invierno hacía muñecos de nieve y al noveno ya cuidaba al hermanito recién nacido. La vida era dócil, solo había que seguir la inercia, a cada siembra le seguía una hoz, a cada siega un pajar, a cada muerte su luto y a cada niña una mujer, réplica exacta de su madre, su abuela, sus tías... tan útiles como invisibles, tan imprescindibles como relegadas, tan silenciosas como los tendales de la orilla del río. Asomaba el otoño por las veredas cuando la familia despidió al hermano mayor, nervioso y repeinado partió al seminario en busca de saberes reservados para hombres. Su madre se sentó en el poyo de la puerta con los pies al sol y la costura en el regazo, y por primera vez, pidió a la niña que la enhebrara la aguja, Carmen no supo distinguir si sus ojos bajos sufrían cansancio o tristeza mientras cosía un botón que rellenara el ojal de la ausencia. Y luego otro, y otro....

BOTONES SANADORES

GELINES DEL BLANCO

El costurero era refugio de bobinas, silencios femeninos y muchas heridas abiertas esperando ser cosidas. Ya tenía Carmen las caderas formadas, la silla de paja, los pies al sol y su madre a la sombra, supervisando los hilvanes de dos juegos de sábanas, una colcha y tres toallas, el ajuar de un futuro previsible. La ropa y la vida se confeccionaban siguiendo patrones, a un noviazgo corto le siguió una boda larga, y un año después, la noche se teñía de nanas. Sin terapias ni psicólogos, los miedos infantiles se apaciguaban con cuentos y los temores adultos con oraciones. Transitó varias décadas sin improvisar nada, solo insertando cada botón en su ojal, cada ungüento en su dolor, y dulcificando la vejez de sus padres con nietos. Cuando nadie hablaba de conciliación, Carmen ya cuadraba las tareas del hogar y las del campo, conducía a los niños desde el tazón matinal hasta el Jesusito nocturno, y al trigo desde el surco hasta el horno.

Nunca quiso ser igual ni diferente al marido, su ponderación consistía en ser buena hija, esposa y madre, en conseguir que la ropa tendida esquivara al chaparrón, los deberes estuvieran corregidos y los platos llenos sin que se notara la escasez de la despensa.

La luna la encontraba rosario en mano, rezando por la salud de los vivos, el descanso de los muertos y para que la oveja preñada tuviera buen parto. Jamás se planteó si tenía puestas de sol sin disfrutar o sueños sin cumplir, porque su única aspiración era que sus hijos crecieran felices y libres. Practicó con ellos alquimia, equidad y tolerancia cuando esas palabras no existían en los cuadernos ni en los costureros donde se guardaban los abismos, alfileres, y llantos femeninos. Y cuando los hijos volaron, el mar seguía en el atlas y el geranio en el balcón...

FLORES DURMIENTES

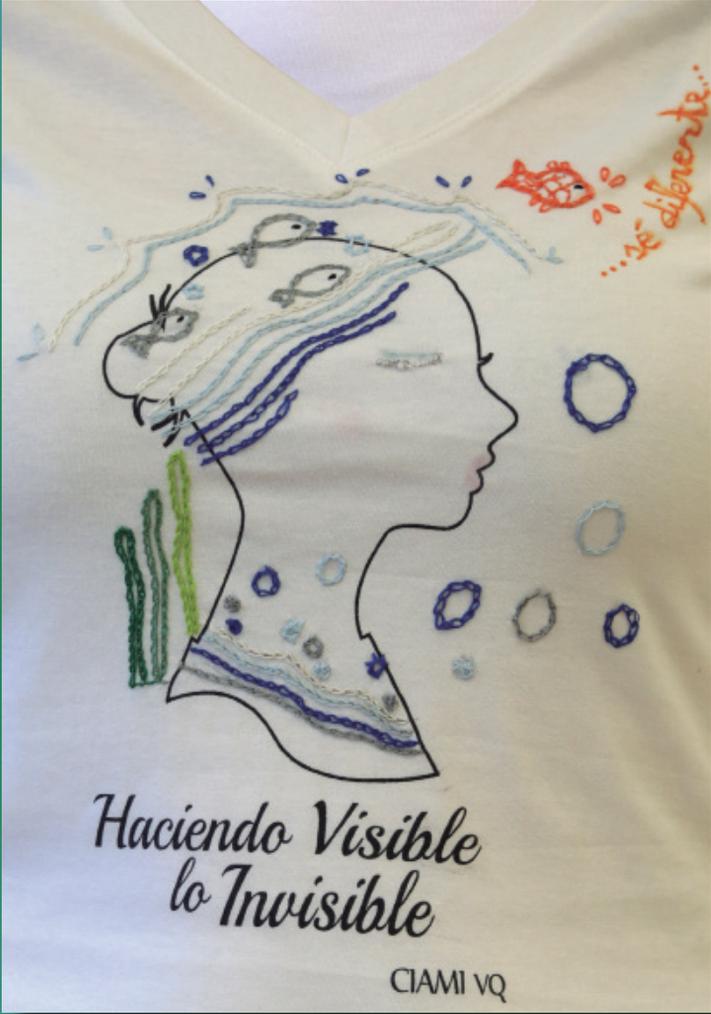
GELINES DEL BLANCO

Carmen ya tiene hebras plateadas en las sienes, el marido descansando en el cementerio y los hijos disfrutando libertades recién estrenadas. Tantas décadas recorriendo caminos trazados por otros, para terminar encontrándose a sí misma. Le llegó el momento de mirarse al espejo, disfrutar del silencio elegido y tener amistades propias. De romper hormas y normas, de liberar el mar estancado en la nuca y prender al cuello un collar de caracolas cada mañana.

Desfallecidos botones y costuras opresoras, la mente se desabrocha y brotan palabras silentes. Despiertan los hilos dormidos en la caja del tiempo liberando colores y cansancios que vienen de siglos. Huyen los recuerdos de la caja de costura, trepan la nuca, y se escurren por las manos ya gastadas de tanto sujetar pesos ajenos. Cada puntada es un fogonazo de infancia y juventud, hermanos, padre y marido ocupados en el campo, madre, abuela, mujeres enlutadas y discretas que se manifiestan en forma de cadenetas, surcos que conducen al desván, a tardes de juegos y catecismo.

Huele a miel y leche hervida, y aunque la noche está cerca, Carmen siente la puesta de sol en la nuca, el río en la garganta y la tierra húmeda sobre la que nació. Voces acalladas entre bobinas se deslizan por la punta de la aguja y la yema de los dedos, flores reivindicando su color, su olor y su existencia. Pétalos de memoria se desparraman sobre el algodón rindiendo homenaje a tantas y tantas mujeres con dedal y sin sueños. Puntadas y letras se dan cita entre las páginas de un libro, se abrazan y bailan para ellas. Y por ellas.

CARMEN AMAYA





PECES

YOLANDA CASADO

Voz: YOLANDA CASADO

Desde pequeña siempre le dijeron que tenía la cabeza a pájaros, pero ella siempre pensó que la tenía a peces.

Hasta en eso fue diferente.

Trastornaba a su familia y sorprendía a los desconocidos porque nunca jugó a los juegos a los que debía jugar, pronunció las frases que le correspondía pronunciar, ni se comportó como se tenía que comportar, por lo que fue criticada con rechazos y palabras que, aún hoy, no entiende por qué son considerados un insulto.

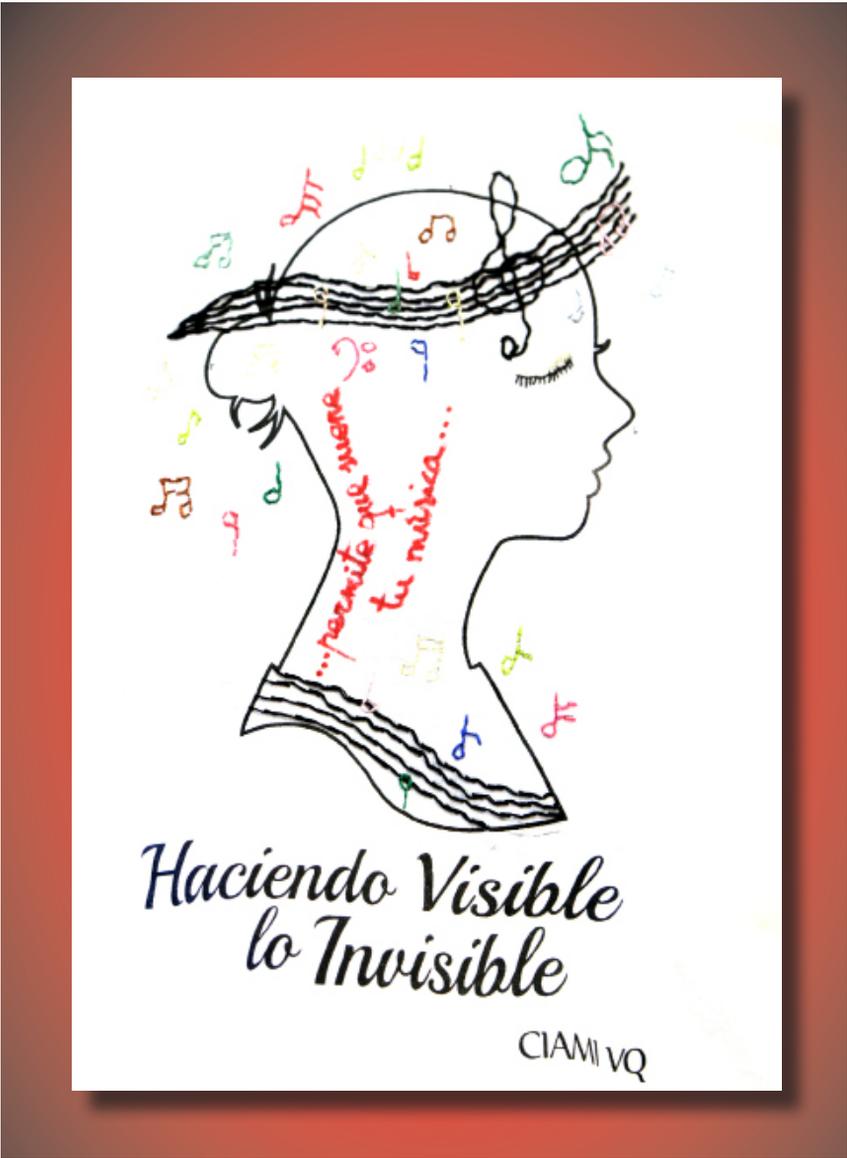
Estudió, sí, porque tenía hambre de conocimientos. Y trabajó, también, porque quería marcar la diferencia aunque fuera en algo humilde, “porque para todo hay que valer”, decía siempre. Y sólo cuando lo consideró, y no cuando la sociedad se lo pidió, fundó una familia.

Entonces vistió a sus hijos de los colores que le parecieron más hermosos, y cantó y soñó con ellos aquello que no venía en ningún manual.

Nadó siempre a contracorriente y fue feliz por ella, no por lo que pensarán de ella.

El día que su compañero le quiso explicar sin palabras lo que era una conducta correcta, cogió a sus pececitos y siguió nadando por el ancho mar, demasiado hermoso como para limitarse a una pecera.

CARMEN AMAYA





PERMITE QUE TU MÚSICA SUENE

CHARO SUÁREZ

Voz: EMI FERNÁNDEZ

Mujer,
Camina de frente, camina segura.
Convierte cada paso en una nota, cada etapa en una melodía.
Mujer,
Protege a quien quieres e ignora a quien te hiere.
Olvidate del pasado y no temas al futuro.
No aceptes consejos que no pediste ni cargues con culpas que no tienes.
No dejes que nadie corte tus alas ni destruya tus sueños.
Mujer,
No digas lo que no sientes ni hagas lo que se espera.
No tengas miedo a decir que no ni temas decir que sí.
Porque...
Algún día no muy lejano tendrás que alzar el vuelo, camino a la eternidad.
Y ese día deberás volar ligera de equipaje, sin sueños frustrados,
sin besos no dados,
sin lagrimas no derramadas sin abrazos no sentidos.
Mujer,
La vida te regala la posibilidad de ser feliz. Que lo seas o no,
depende solo de ti.
Así que
lucha por tus sueños sin detenerte ante nada y haz de tu vida, la
más bella melodía.

CARMEN AMAYA



HILOS DORMIDOS

NOEMÍ A. TORIBIO

“¿Para cuándo los días de 25 horas?”, “¡No me da la vida para tanto!”. Esto pensaba yo cada día, cada semana, cada mes... Es que no abarco a todo, el trabajo, la casa, las niñas, colaborar en el colegio... La mayoría de las veces pienso que es porque no me organizo bien, y encima siento culpa por ello. Comienzo a darle vueltas a la cabeza para ver de dónde puedo sacar tiempo. Quizás si duermo una hora menos..., pero si es que ya duermo poquísimo, quizás en el descanso del trabajo puedo hacer la lista de la compra o incluso, si voy y vuelvo rápido y no hay mucha cola..., pero eso ya lo hago a veces...

La verdad es que es la única solución que le veo siempre, es no ir a visitar a mi madre. Ella está bien, no me necesita tanto, voy a escribirla a ver si está bien y listo. Es lo único que se me ocurre para sacar un poquito más de tiempo.

Ha pasado un mes desde la última vez que fui a ver a mamá, de hoy no pasa que vaya a verla. Con lo que yo la quiero, todo lo que ha hecho por mí siempre y lo unidas que estamos no puede ser que ahora la visite tan poco. Además estoy preocupada porque me han dicho los médicos que últimamente tiene muchos despistes y se le olvidan las cosas. Y es verdad que casi no responde a ninguno de mis mensajes. Quieren hacerle pruebas para ver si tiene Alzheimer.

Ya he llegado, respiro hondo y voy hasta su habitación:

—“Hola mamá, ¿cómo estás?”

—“¿Y tú quién eres?”

— con la sangre helada en mis venas... “soy yo mamá, tu hija,

Nieves”

—“¡Uy! ¡Sí, claro! ¡Qué tonta!, No sé en qué estaba pensando, me has pillado por sorpresa”.

Cuando he llegado a casa he hablado con la familia y nos hemos organizado. Mi madre es parte de mi vida, ha luchado, se ha sacrificado y me ha dado todo el amor del mundo, no merece pasar los días sola, quiero abrazarla, besarla y decirle lo mucho que la quiero antes de que me olvide para siempre.

Ahora vive con nosotr@s, he reducido mi jornada laboral, y cada día dedico un rato a sentarme y hablar con ella. Y en esos momentos recordé que cuando hacíamos eso de pequeña mi madre siempre estaba bordando. Rebuscando entre sus cosas encontré una caja de lata dónde estaban los hilos dormidos de mamá, y decidí que ahora yo iría bordando con esos hilos mientras charlábamos cada tarde. Un bordado por cada recuerdo, un color por cada caricia, una puntada por cada beso, mientras ella va olvidando lo aprendido, rodeada de todo mi cariño, yo voy bordando el lienzo de sus recuerdos.

Mi cabeza iba a mil todo el tiempo. Pero no sé si por suerte o por desgracia, la vida tiene sus propios planes y de pronto da un giro tan inesperado que nos hace parar en seco, y replantearnos todo, nuestro estilo de vida, nuestras prioridades, nuestros valores. Puedes llamarlo pandemia mundial, volcán en erupción o simplemente olvidar lo aprendido.



CARMEN AMAYA





EL FARO

MARINA DÍEZ

Voz: NOEMÍ A. TORIBIO

Mujer que iluminas el camino
de todos cuantos amas y rodeas
no cierras los ojos ante la adversidad
siente como el mundo vuela.

CARMEN AMAYA





UN NORTE

BEATRIZ GARCÍA

Voz: EMI FERNÁNDEZ

Desde la soledad
Me erijo en viento
Porque soy norte
que el silencio desborda
que las alas extiende
que las palabras despliega
soy norte porque
entre hilos coso versos
y tejo rosas
donde reposa el universo
para estar
otra vez como nunca otra vez
al borde de esa estrella

CARMEN AMAYA



*Haciendo Visible
lo Invisible*

CIAMI VQ

SIENTE CORAZÓN QUE LA VIDA SUCEDE MARÍA DEL CARMEN PERNAS

Se puso en la cola. Las compras aumentaban exponencialmente en esta época del año.

No sabía muy bien. Le molestaba una etiqueta, o le tiraba una costura, en el lado izquierdo...

No era una molestia, pero sí...

Una colección de lunas desportilladas con las heridas del tiempo, aquella sonrisa, el sentido de la proporción, el permiso que le dio a alguien para hacerle daño, las alas libres de los pájaros que se iban en el invierno, un regalo en el alféizar de la ventana, aquel precinto que ponía "muy frágil" y que nunca se atrevió a despegar- no fueran a quebrarse los sueños- las semillas de chía, y la quinoa, que estaban de moda, la dictadura de la cintura, los estereotipos de género, la conciliación familiar, todo aquello que no se dice, los silencios que gritan, el café de máquina, las siete de la mañana, las trampas de la memoria, los libros de cuentos, los libros de cuentas, el pan nuestro de cada día, los monstruos que viven en el altillo del armario, los blues que ya nunca escucha, las ilustraciones brillantes de un álbum de cromos, la levedad de algunos instantes, cien años de soledad...o más, los secretos mejor guardados, el trabajo, los pasos de baile, arpeggios lejanos de un piano que se quedó mudo en un salón vacío, los cantos de sirena, las listas de naves de la Iliada...

—¿Bolsa?

Ajena a aquel revoltijo, la cajera la miraba como todos los días...

—Que sí quieres bolsa...'

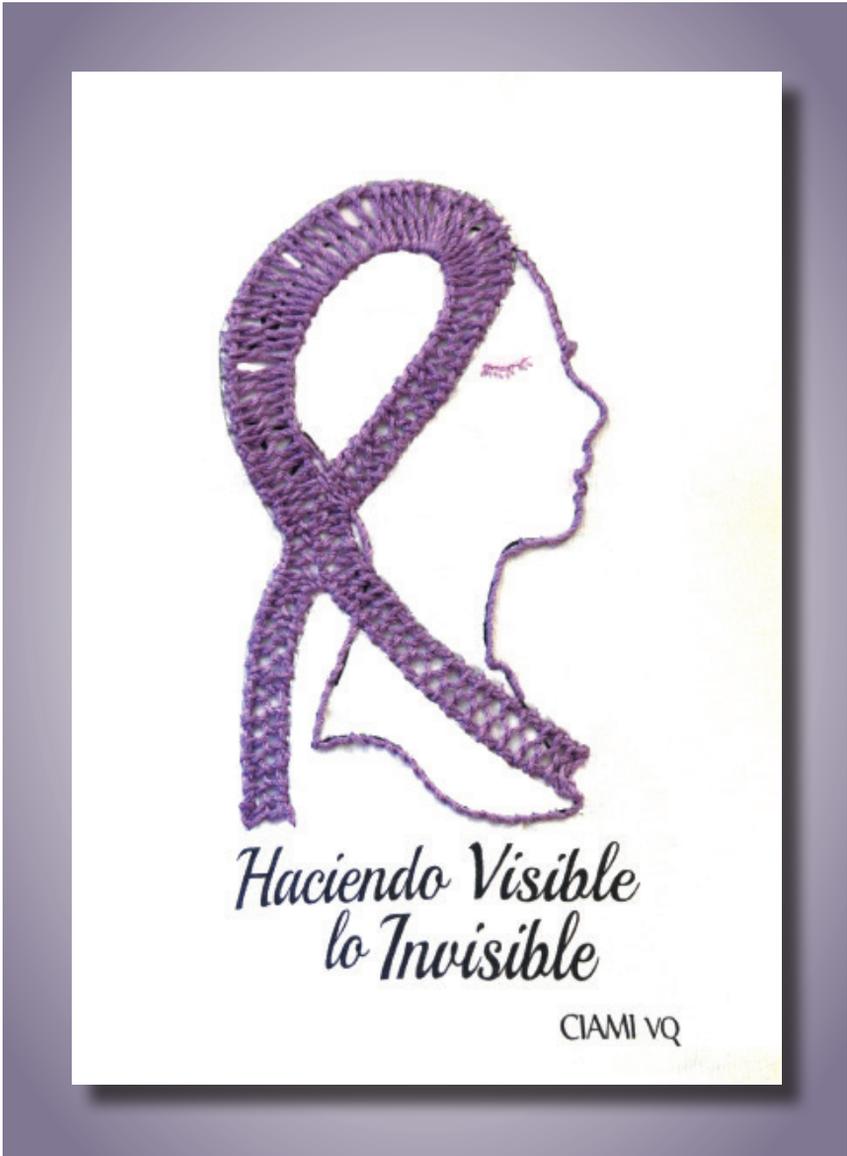
—¡Ay sí! Perdona.

Se pasó la mano por el lado izquierdo, a la altura del corazón... Le tiraba una costura...

Recogió la compra haciendo una palanca, tomando como punto de apoyo la fuerza de la costumbre...

Si al final todo es Física. - pensó- ¿O Química?, ¿O cómo era?

CARMEN AMAYA





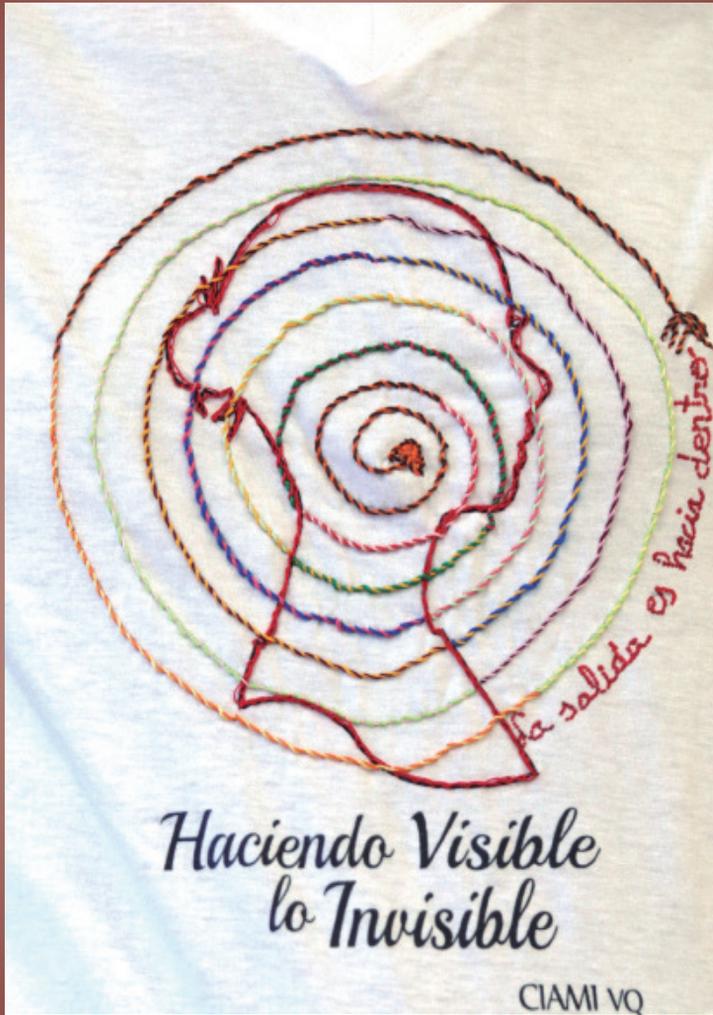
NO ME ATES

NURIA ANTÓN

Voz: NURIA ANTÓN

No me ates
con palabras de seda
ni con promesas de humo.
Nací con alas en las manos
y pies de correcaminos.
No me ates que me ahogo.
No puedo vivir con esposas
Ni escribir con lápiz en una sombra.
Pero si puedo
y debo
seguir el trazo de mi pluma
y buscar la luz en el silencio.
No me ates que me ahogo.
Nací con sueños en las pupilas
Y amaneceres en las manos.
No envenenes la tinta
Ni borres mis palabras.
Nací sin amo ni yugo;
salvaje como la hiedra.
Quiero escribir un verso
que no se lleven las olas
cuando suba la marea.
No me ates
que me muero.

CARMEN AMAYA



LABERINTO DE SALIDA

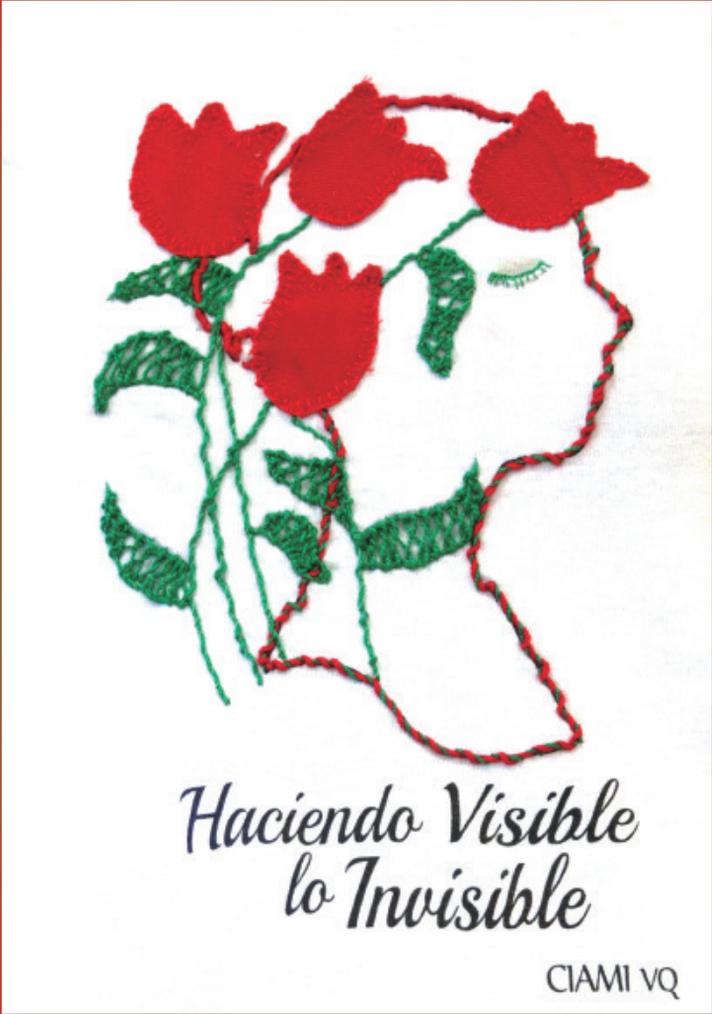
BEGOÑA GARCÍA

Cuando te vi en el centro de ese laberinto de tu cabeza buscando la salida, me vino al recuerdo el hermoso jardín de setos y flores de una residencia de personas con dificultades cognitivas para las que se les diseñó todo un amplio y bifurcado camino cuyo fin llega a la puerta de entrada, evitando salidas innecesarias.

A ti te enseñaron que los laberintos eran de fácil acceso y dificultosa salida y siempre pensaste que andando hacia fuera lo conseguirías. Cuando en el laberinto de tu vida, te encontraste con una encrucijada de caminos y no pocas intersecciones, buscaste la partida haciendo huidas, bifurcaciones e imprecisas alternativas, y confeccionaste así sogas que aprisionaron tu cabeza.

Tuviste que diseñar ese jardín con cordones de finos hilos conductores de salida hacia la puerta de entrada, recomponer el lenguaje de tu confusa mente y reconocer que la búsqueda de tu itinerario lo tenías que hacer caminando hacia dentro. Y es así como has conseguido hacer visible y posible ese recorrido que para ti era invisible e inviable.

CARMEN AMAYA





TULIPANES

MARIEN DEL CANTO

Voz: MARIEN DEL CANTO

TULIPANES

Piensa, diseña, crea...
elabora arte con manos aterciopeladas.
Compra horas a la noche.
Ojos abatidos de cansancio,
borda simétricas puntadas.
Mujer de exquisita elegancia
Perfil nácar
acompaña su inteligencia
con rojos tulipanes irradiando fuerza.
Párpados reposan en calma,
reflexionan sobre nuevas ideas.
Luchadora infatigable,
busca su lugar,
oportunidad,
equidad en la sociedad.

Desde tiempos inverosímiles, somos vilipendiadas a la invisibilidad en diferentes ámbitos de esta sociedad.

El duro camino a seguir es difícil. La lucha es constante y diaria. Encontrando puertas cerradas, palabras vacías y promesas incumplidas.

Alzamos la voz para ser oídas. Considerando el reconocimiento en la igualdad de géneros. Reclamar el justo cumplimiento de nuestros derechos, actualizar leyes obsoletas donde la mujer no tiene cabida, estableciendo equidad entre los dos géneros, llegando a diferentes acuerdos ecuanímenes, sin enfrentamientos.

A veces nos sentimos decepcionadas por grandes estamentos, que niegan el apoyo necesario en la lucha por la integración totalitaria femenina.

En pleno siglo XXI seguimos buscando nuestro lugar. Poseemos suficiente fuerza para continuar con paso firme, aún careciendo de apoyos necesarios en la consecución e incorporación colectiva en todos los ámbitos.

Hemos acortado distancias, el desarraigo en la desvalorización femenina, no tiene pausa, pero es lamentable su lentitud.

La invisibilidad en algunos países, es instaurada de manera tradicional desde tiempos remotos. El sector femenino, no negocia su evolución y obtención de acuerdos consensuados. Sus normas o leyes taxativas no aceptan modificaciones. El trato a la mujer es parecido a ser un producto de desecho.

Abnegadas y sometidas por el hombre, viven en sufrimiento continuo. Sus bocas permanecen selladas, no pudiendo recriminar su descontento o reivindicar derechos. Temiendo el castigo a recibir, incluso a ser sacrificadas. Imperando la Ley masculina como patriarca y líder.

En nuestro ámbito, el primer pensamiento que concebimos hablando de autoridad, es el hombre. Hoy, observamos algún cargo superior ocupado por mujeres, aunque continuamos ocupando la mayoría de puestos inferiores.

Éxitos generados por el sector femenino son acallados a la propia sociedad. Apenas se publicitan ó transmiten por los extensos medios de comunicación que existen. Suele haber un reconocimiento personal referente a la inteligencia, eficiencia y eficacia.

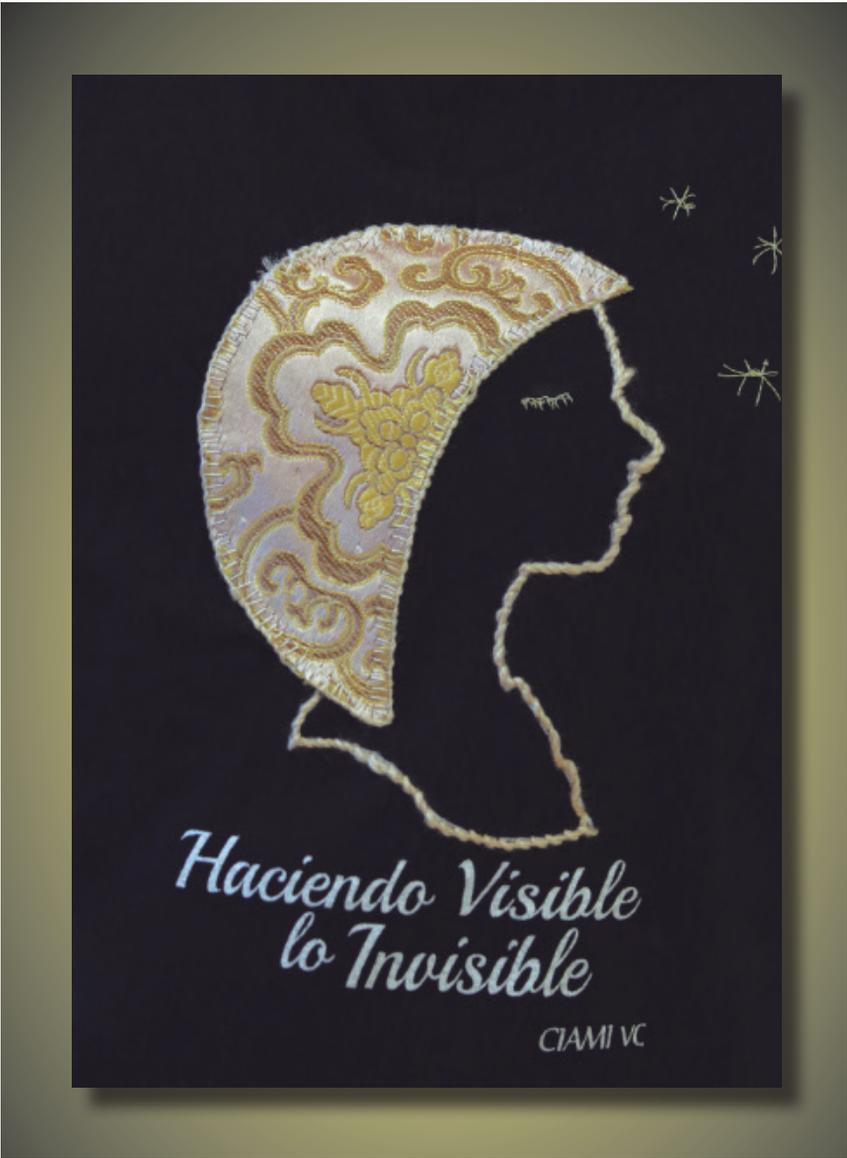
Diferentes organizaciones con referencia a la mujer, ofrecen apoyo del 100%, abasteciendo cualquier tipo de necesidad.

Ofrecen los medios que disponen, involucrando a la mujer en la creación de ideas nacidas en talleres. Dan visibilidad de alguna manera su producto terminado.

Apuestan por un futuro mejorable, contando con el apoyo conjunto de unas a otras, proporcionando unidas un legado positivo a las siguientes generaciones



CARMEN AMAYA





MUJER LUNA

NOEMÍ A. TORIBIO

Voz: NOEMÍ A. TORIBIO

Cuenta la leyenda que existen unos seres misteriosos y muy poderosos, que son multitarea por el día, y que al caer la noche, entre descanso y descanso realizan otro sin fin de obras bondadosas.

Por el día ya son seres extraordinarios, porque además de llevar una vida normal con sus obligaciones, sus tareas y sus momentos de ocio, aunque de estos últimos no disfrutan todo lo que deberían, llevan a cabo otras miles de acciones que son casi imperceptibles, pasan desapercibidos incluso para quien convive con ellos.

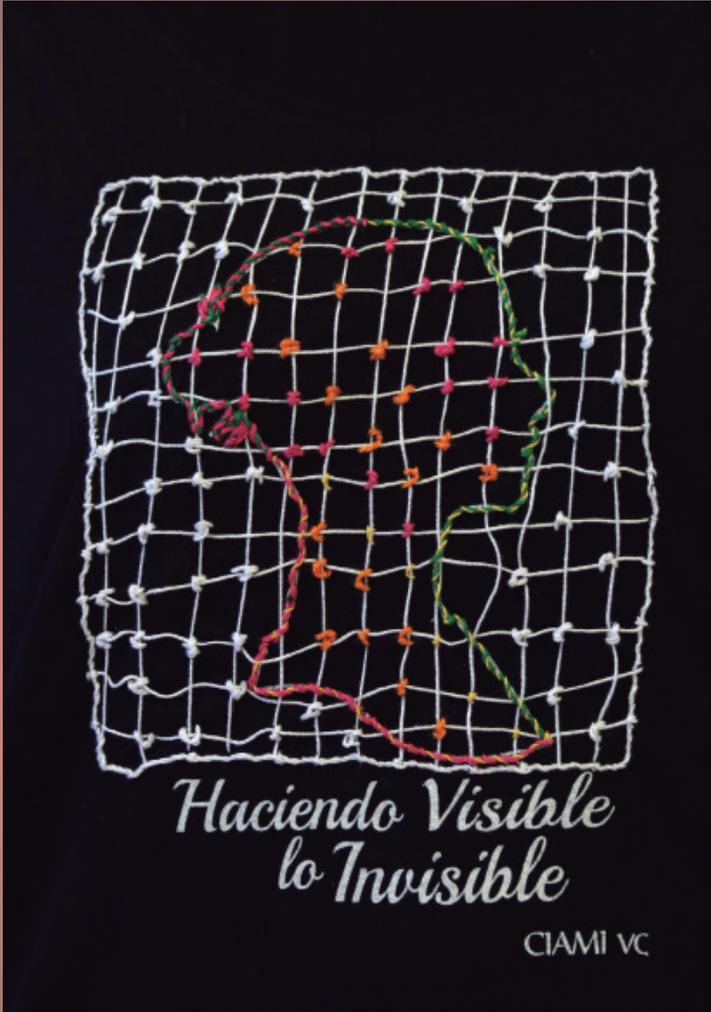
Pero al caer la noche, no se van a descansar como todo el mundo, ya que si los necesitas ahí aparecen, como salidos de la nada. Y despliegan toda esa magia que tienen dentro. Es una magia muy poderosa capaz de matar monstruos, alejar pesadillas, aliviar picores, calmar catarros y serenarte y mecerte en tiernos abrazos hasta que vuelves a ir al mundo de los sueños y la fantasía.

Son las llamadas “mujeres luna”, que siempre han estado entre la humanidad, aunque casi nadie se da cuenta de su existencia. Son como la luna y las estrellas que cada noche nos honran con su presencia, les apetezca o no cada noche iluminan nuestras almas, velan nuestros sueños y siempre están en el firmamento.

Yo sospechaba que mi mamá era una “mujer luna”, porque por las noches cuando la llamo siempre aparece, y a veces aunque no la haya llamado siento un tierno beso en mi frente cuando duermo. Además siempre tengo todo preparado, mi ropa, mis juguetes, la comida, el disfraz de la función del cole..., y muchas cosas más. Así que un día se lo pregunté, y me confesó que sí, que ella, como otras muchas mujeres a lo largo de la historia era una “mujer luna”.

En nuestra familia todas las mujeres lo habían sido, aunque sus tareas habían ido cambiando con cada generación. También me contó que aunque era todo un honor ser “mujer luna”, también era muy cansado y agotador. Por tanto, había que luchar para que se reconociera toda su labor, pero sobre todo se compartieran todos esos trabajos entre toda la familia, para que yo no tuviera que ser “mujer luna” sino que pudiera tener una “familia luna”.

CARMEN AMAYA





REDES INMA REYERO

Voz: EMI FERNÁNDEZ

Nadie debería sentir el escalofrío que provoca ser invisible, y mucho menos una mujer. Intuitivas y sensibles por naturaleza desde tiempos ancestrales han tejido el entramado de redes que sustenta al mundo.

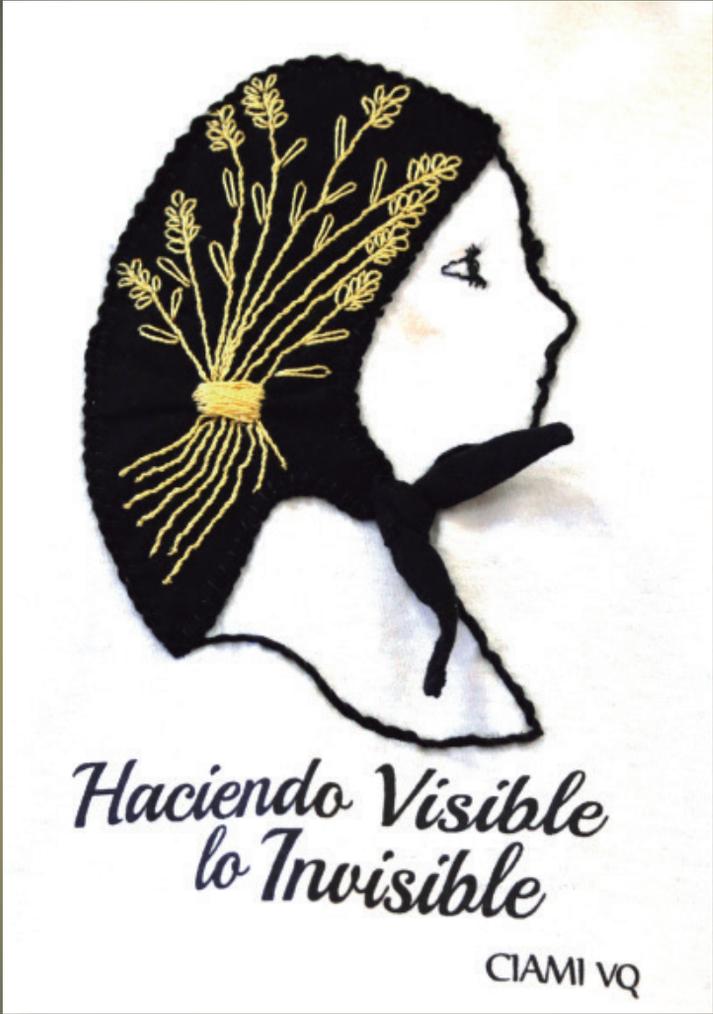
Redes que acunan, que cantan nanas. Redes de todos los colores, de todas las tallas, en todos los contextos y sin pretexto.

Entrelazan vidas nudo a nudo. Unas con manos curtidas, con manos temblorosas otras. Todas sin descanso.

Estamos hechos de cada desvelo suyo, de las promesas que acabaron en miedo y los muros que derribaron.

El planeta entero contiene la respiración deseando que nuestras manos se unan, que nuestros latidos se acompasen. Que su red sea hogar y tus brazos su patria.

CARMEN AMAYA



MUJER RURAL

CHARO SUÁREZ

Cierro los ojos y aún puedo verla.

Cruza despacio la calle. La cabeza alta, la mirada serena y miles de arrugas surcando su cara. Siempre vestida de negro, siempre con pañuelo. Y entre sus manos curtidas por el sol, una lata de trigo.

No importaba si llovía, nevaba o hacía frío. Nunca descuidaba sus quehaceres: su huerta y sus gallinas.

La vida la puso a prueba, pero ella pasó de largo.

Vivió el dolor de la guerra, la angustia del no saber y la soledad que deja cada baja en el camino.

Se quedó viuda cuando más necesitaba un alma con la que compartir las noches interminables. A pesar de las adversidades, nunca perdió su fe ni la costumbre de rezar el rosario.

Fue matrona sin título, consejera sin despacho y juez sin parte.

Nadie la pidió permiso para ser madre de hijos que no eran suyos, abuela para quienes no la tenían y amiga para quienes huían de la soledad.

No había niño en el pueblo que no recibiera un el día de Reyes: mandarinas avellanas y nueces. No recuerdo verla reír, tampoco llorar.

Siempre admiré su fortaleza. Siempre me reconfortó su presencia.

Si ella estaba cerca, lo malo era menos malo y lo bueno, un poco mejor. Aunque hace muchos años que no está, la casa aún sigue en pie.

Y su banco, testigo de tantos comienzos y finales, guardián de secretos y refugio del frío.

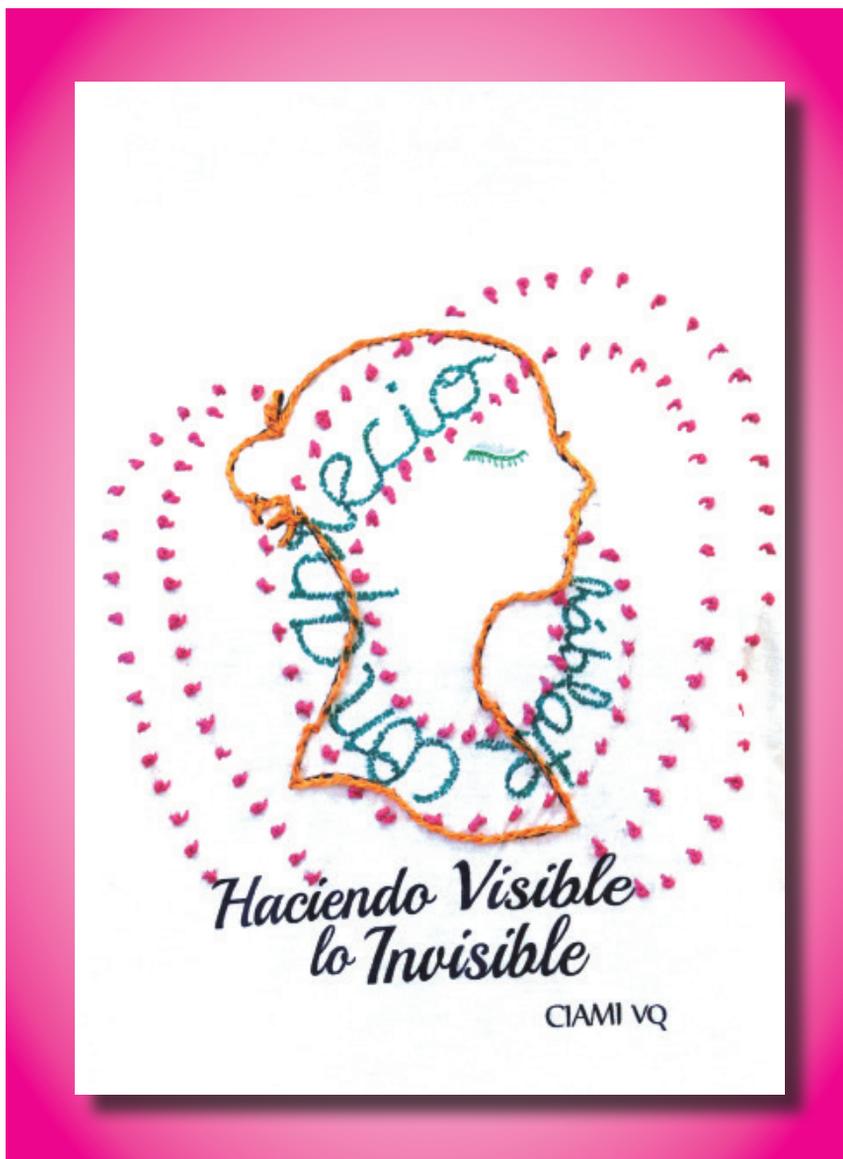
A veces, en las noches de verano, cuando todo está en silencio y solo se escucha correr el agua de la fuente, me inunda el olor de su casa.

A sopas de ajo, a cocina de leña, a hogar.

Levanto la vista esperando ver la luz de su casa encendida, como antes, como cuando estaba viva, pero enseguida vuelvo a la realidad.

La Tía Lucía ya no está.

CARMEN AMAYA





LA MUJER ARCO IRIS

LUCIANA GAITERO

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Clara, se levantó muy temprano, como todos los días. No había dormido mucho. Esto se estaba convirtiendo en algo habitual. Su estado de ánimo empeoraba de día en día. Después de ordenar la casa, preparó una taza de café, una tostada y un zumo. Encendió la radio, lentamente tomó su desayuno. Una canción le sacó de su ensimismamiento y recordó que, a las diez, había quedado con Alicia.

Al entrar en el cuarto de baño, se miró en el espejo. Una sombra negra rodeaba la silueta de su cuerpo. No le dio mucha importancia, pensó que la noche en vela le jugaba una mala pasada.

Salió a la calle, las piernas le pesaban como que arrastrarse una pesada piedra y observó que la gente la miraba con extrañeza. Alicia ya estaba en la cafetería. Cuando vio a Clara, su cara parecía un poema. Se abrazaron y un gélido frío recorrió sus cuerpos. No se dijeron nada.

Un día más, Clara se quejó de su situación. Hablaba con bastante desprecio de sí misma. Su mirada se ensombrecía. Alicia acercó sus manos a las de su amiga, que sujetaba con fuerza la taza del té, y con suma dulzura, le dijo: "Háblate con aprecio" "Háblate con aprecio". Es la receta para realizar el cambio que necesitas.

Aquellas palabras le llegaron al corazón. Cerró los ojos, se concentró en esa frase, la repitió una y otra vez. Comenzó a hacerse miles de preguntas (ésas a las que nunca encontraba respuesta).

Sorprendente, las respuestas empezaron a llegar como rayos de luz que lo iluminaban todo. Sólo quedaba encontrar las fuerzas para tomar la decisión de romper con aquel hombre que tanto daño le estaba haciendo.

Abrió los ojos y, de nuevo, se abrazó a su amiga llenándola de besos. Se encaminaron hacia el parque más cercano para disfrutar de un buen paseo. El otoño estaba en su plenitud y el paisaje era una sinfonía de colores y sonidos.

En el fondo de la alameda reconocieron a Sofía, la hermana de Clara.

Se aproximaron, se saludaron, siguieron caminando y compartiendo la experiencia de Clara en aquella mañana. Aún quedaban algunas mariposas revoloteando en torno a ellas, una se posó sobre la camiseta de Sofía, cerca de la hermosa silueta de encaje. Entonces, Clara, se fijó en los mensajes que estaban allí grabados: “Sueña todo el día”

“Duerme toda la noche”

Se apropió de ellos.

Todo se había confabulado de tal manera que, ya no tenía dudas, era el momento. No olvidaría ese fantástico día.

Al despedirse, las tres mujeres, sintieron algo muy especial. Aquella noche, Clara, durmió plácidamente y en sus sueños apareció su imagen, como por la mañana; pero ahora estaba envuelta en varios colores: negro, morado, rosa, amarillo, verde, rojo, azul y blanco. Cada uno de ellos le provocaban diferentes sentimientos y sensaciones:

—El morado le hizo ver definitivamente “su verdad”.

—El rosa le trajo grandes recuerdos de la infancia y muchas ilusiones que había perdido.

—El amarillo la inundó de felicidad y la recordó su gran inteligencia.

—Con el verde se sintió nuevamente joven tranquila, relajada.

—El rojo le transmitió fuerza, energía, valor, pasión, vitalidad.

—El azul le dio confianza, serenidad y le recordó la responsabilidad que tenía de ser feliz.

—El blanco la envolvió con una luz inmensa que le mostró la verdad, le transmitió mucho optimismo y, definitivamente, vio todo con CLARIDAD.

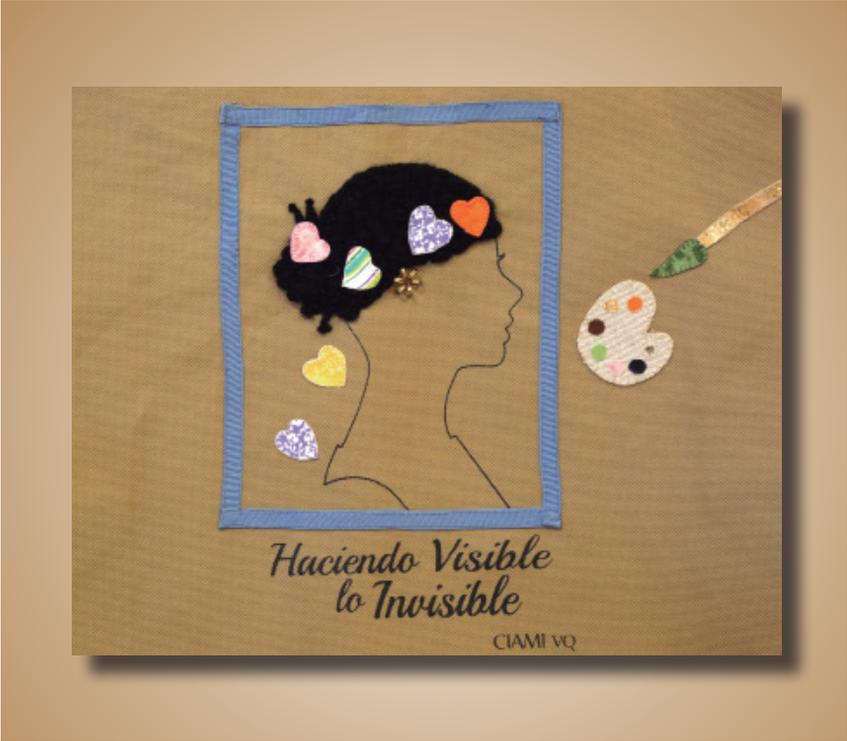
Hacia tiempo que no se sentía con tanta paz y tantas fuerzas al despertar.

No dudó, buscó las maletas en el trastero; recogió todo lo que más amaba, lo metió en ellas; se puso su vestido preferido y se calzó los zapatos nuevos, que hacía tiempo los guardaba. Al mirarse en el espejo observó, con asombro, que allí estaba “la mujer arcoiris” del sueño, sonrió, y se alegró de verse así. ¡Lo había conseguido! Sacó todo al rellano, cerró la puerta, bajó en el ascensor, cargó todo en su coche y se fue.

Nunca se había sentido tan libre, tan feliz, tan fuerte, tan segura de sí misma.



CARMEN AMAYA





LILAS SOBRE LA MESA

MANUELA BODAS

Voz: MANUELA BODAS

La mesa de los días,
lucía grietas sin alas.
Había migajas en aquella mesa
de los últimos ruidos,
de las últimas quejas.
¿Cuántas lilas murieron
en aquella mesa?
¿Cuántas primaveras
perdieron la consciencia?
Todavía traía escamas
y espinas en aquel viaje de vuelta.
La casa seguía sola,
a las afueras, desvencijadas
sus paredes, roídas sus maderas,
pero..., aún persistía el aroma
del árbol de las lilas,
que madre plantó en la huerta,
cuando aún era verbo y almendras.
Tomó unas cuantas ramas de lilas,
trenzó un lazo de besos encontrados.
Abrió la puerta de la cocina,
acarició la mesa,
donde dormía enquistada
su infancia.
Depositó la corana de lilas
en aquellas grietas sin alas.

Volvieron a la mesa
las migajas de las últimas quejas.
Espantó con la mano
os últimos ruidos,
tomó la corona de lilas
y se la colocó en la cabeza,
sonrió recordando a su madre,
y le pareció que habían sido
las manos de ella,
las que otra vez, trenzaron con lilas
una corana de esperanzas,
que como hebras de alegría,
volvían a poblar la mesa.



DOÑA COLORES

MERCE BLANCO

Voz: MERCE BLANCO

Hace mucho, mucho tiempo, vivía una sabia hechicera llamada “Colores”. Con el tiempo llegó a ser tan apreciada por los que la conocieron, que respetuosamente todos la llamaban “Doña Colores”. Esta hechicera adoraba la pintura, y con la práctica aprendió a pintar sus días y sus noches. Doña Colores solía decir que cada día era como un lienzo en blanco, y que cualquiera puede decidir de qué color pintarlo.

Parece el comienzo de un cuento, y como todos los cuentos, tiene su verdad. Es cierto que no podemos controlar todo en nuestra vida, pero no es menos cierto, que sí podemos decidir cómo nos afecta. ¡Coge la paleta y pon color a tu vida! Porque la vida no es o blanca o negra, todos debemos ser un poco como “Doña Colores”. Añade a cada día un apacible rosa, un brillante amarillo, un fluido azul, un apasionado rojo, un verde natural o un melancólico gris. Recuerda que en la oscuridad no podemos ver los colores, pero siguen ahí. Sólo hay que encender de nuevo la luz, y ese interruptor está en nuestro interior.

Dibuja sonrisas, ilumina miradas, pinta corazones. Tu eres el lienzo y sólo tú puedes escoger tus colores.

CARMEN OLAIZ





HILOS DE “VUDÚ”

ALMUDENA REGUERO SAÁ

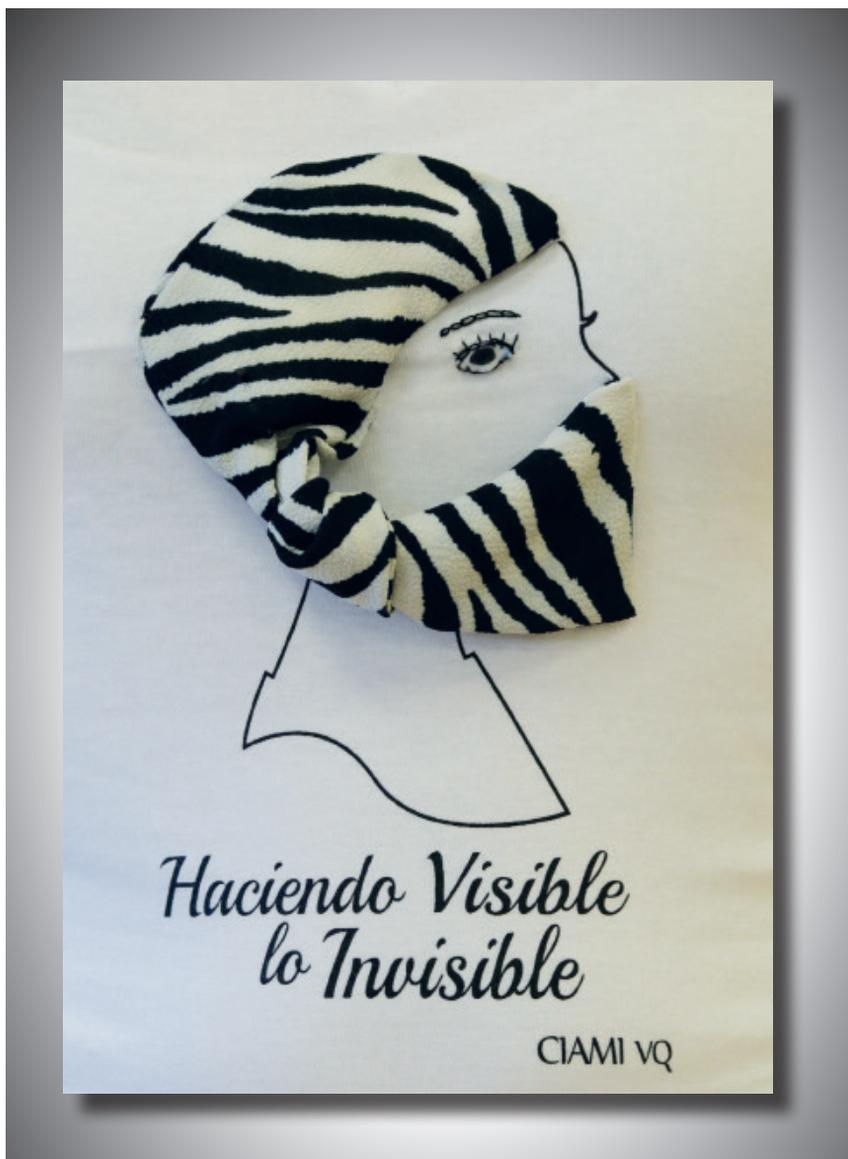
Voz: JAVIER GUTIERREZ

Era ágil y esbelta, como una gacela. De sonrisa abierta y mirada limpia e inocente. Mirada que pronto se tornaría triste y huidiza cuando la tela de araña de la prostitución la atrapó. Los hilos invisibles del “Vudú” la rodearon hasta hacer con ella una maraña difícil de desenredar y romper. Apenas era una niña y ya estaba atada a un destino perverso e incierto que la arrastraba a un profundo abismo. Se había convertido en un títere en manos de hombres sin escrúpulos, traficantes de almas puras.

Comenzó un viaje sin retorno atravesando selvas, desiertos y mares de angustia, hacia un mundo de luces de neón, amenazas, vejaciones, esclavitud... y golpe a golpe, le fueron robando la dignidad y el alma.

Cada noche sueña con revelarse y convertirse en una fiera leona capaz de romper la contundente tela de araña. Pero al despertar, se enfrenta a su triste realidad, los hilos invisibles son cada vez más fuertes y la estrangulan más y más.

CARMEN OLAIZ





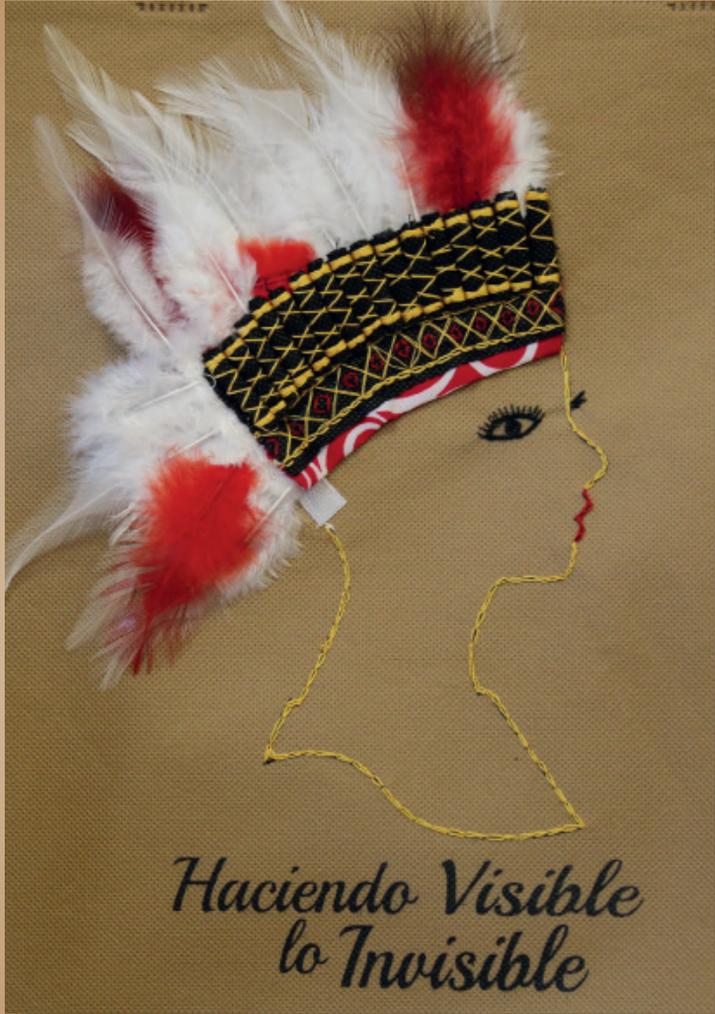
MUJER ÁRABE

NURIA ANTÓN

Voz: NURIA ANTÓN

Con la boca amortajada
tras el velo de este burka
miro el cielo que se esconde
para mí como mujer.
Dedicada a mi familia,
sin nadie que me proteja
soy cual pasto para oveja
con el lobo tras sus pies.
Pero mírame a los ojos,
éstos que ahora te escriben y
suplican que rescates
su grito de libertad.
Soy la madre, soy la hija,
la hermana, quizá la esposa
esculpiendo en una losa
la palabra humanidad

CARMEN OLAIZ





CHHAUPADI

YOLANDA NAVA

Voz: YOLANDA NAVA

“tabú menstrual que se practica en algunas zonas de Nepal y prohíbe a las mujeres participar en las actividades cotidianas durante el periodo menstrual por considerarlas impuras. Durante esos días son aisladas en recintos precarios.”

Itzae se ha despertado con un pájaro de fuego picoteando sus entrañas y al moverse ha sentido una humedad pegajosa entre las piernas. De pronto ha comprendido lo que ocurre. Sabe lo que tiene que hacer. En la escuela, la profesora que viene del otro lado del mundo, le ha hablado de ello.

Pero en la aldea las cosas son diferentes.

Debería comunicar la noticia y recluirse en el cobertizo. Si lo hace se perderá la fiesta de la cosecha, en la que luciría una hermosa corona de plumas que Enam ha hecho para ella. No comerá torta de maíz ni bailará hasta que el cielo se trague de un lametazo los últimos rayos de sol. ¿Qué pasará si oculta su secreto? ¿Qué ocurrirá si se muestra ante los demás y toca la comida? ¿Caerá una maldición sobre su pueblo? ¿Se volverá estéril la tierra y toda clase de plagas se sucederán en el futuro?

Comprende que debe cumplir con su obligación.

Antes de irse, mira su único juguete. La muñeca le devuelve la mirada con los ojos más inertes que nunca, como si presintiera su orfandad; junto a ella la corona que le hizo Enam, reclama su atención. Se la pone solo un momento, después arranca las plumas una a una, las ve caer y, con la caída de cada una de ellas, siente que desaparecen las visitas a la laguna junto a su amigo, la caza de renacuajos, los inocentes baños en el río. Los juegos y las risas.

Itzae se dirige al cobertizo, antes de sumergirse en el angosto lugar lleno de soledad mira al cielo que la despide con el vuelo de una bandada de zorzales. Se pregunta cuántos días deberá permanecer dentro y si también ella, igual que sus hermanas mayores, saldrá de él con la blancura de la luna en el rostro.

LA CABEZA EMPLUMADA

CARMEN BUSMAYOR

Roja, blanca la luz emergente en esta cabeza emplumada.
Sucedee octubre, otoñal, mágico con sus manos rojo-frambuesa.
Una oscura claridad acecha.
Tal vez la amarga ceremonia de la muerte abastecerá enseguida
los cálices de la derrota final. Engañoso el atajo que me
asegura la suerte. No creo en su signo. Sin embargo,
decidme que es mentira. Zombis y leprosos caminan.



MARÍA LUISA
GRANDE

CARMEN OLAIZ





ÁFRICA

NURIA ANTÓN

Voz: NURIA ANTÓN

Las mujeres negras, con sus palmas blancas,
lavan la ropa a orillas del Nilo.

Un grito callado enjuga sus lágrimas al compás de un Djimbé,
de ritmos antiguos. Todos los colores caben en la luz de sus ojos; todas las
voces resuenan en un mismo sonido.

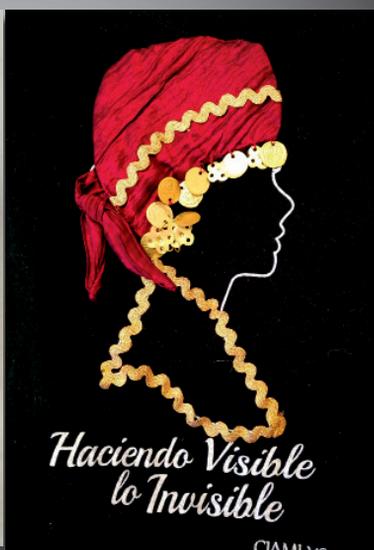
El viejo Ombú ofrece su sombra a los brazos amables de sus semillas. Las
mujeres negras bailan descalzas, orgullosas de su raza ancestral y sabia;
protegen os brotes con cantos de luz

y amasan la vida en jergones de paja. Todo cabe en el amor de la madre
africana que acarrea el agua sobre su cabeza.

Todo cabe en la gran sabana. Todo cabe y nadie lo cuida.

MARÍA LUISA
GRANDE

CARMEN OLAIZ





DOS MUNDOS

MARÍA DEL CARMEN PERNAS

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Y aconteció entonces que la zíngara, gran señora de la noche, me enseñó a bailar al son de la pandereta.

Junto al fuego me regaló su turbante, como una prenda de magia, y después, mientras las cuentas felices de su único pendiente brillaban a la luz de la luna llena, me contó que a veces lo diferente nos inquieta, nos interpela, nos pone enfrente del otro, armándonos con escudos, que ocultan lo irracional de nuestro miedo...

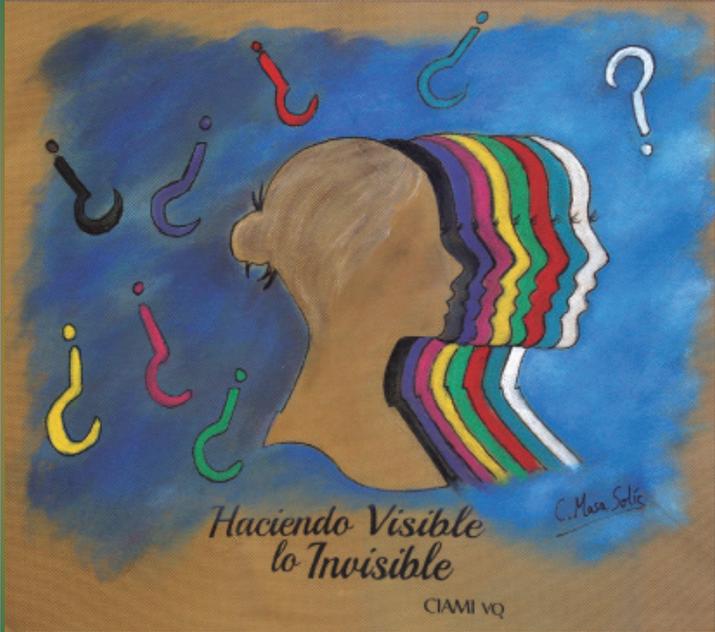
Aquella fue la primera vez que descubrí la risa, invisible, enredada en su collar de esmeraldas...

¡Que vienen los húngaros! Decía el aya llamando al sueño, amedrentando a los niños...

Pero yo...desde aquella noche tengo la risa, y un alma gitana que va por los caminos...

Ya no tengo miedo...

CRISTINA MASA

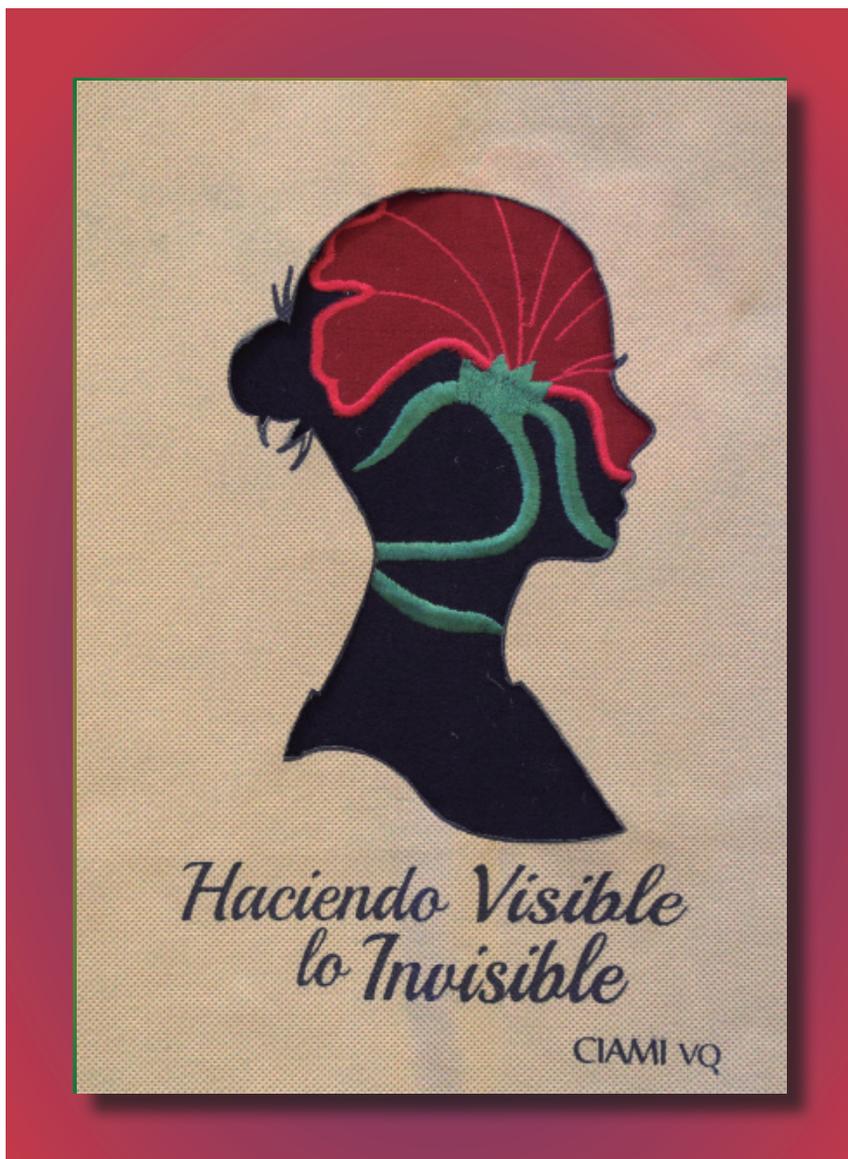


LAS PREGUNTAS SIN RESPUESTAS

CRISTINA MASA

¿Cómo hacerme visible
Cuando tantas preguntas quedaron
Sin respuesta a lo largo de mi vida?
Cuántas noches en vela
Ahondando en lo más profundo de
Mi ser, intentando comprender
El porqué de esa pieza que
Nunca logré encajar!
Dime amiga ¿Acaso podré
Conocer algún día las respuestas anheladas?

ENCARNA ÁLVAREZ





HOMENAJE ENCARNA ÁLVAREZ

Voz: JAVIER GUTIERREZ

Cesó el temporal en cuanto ella puso el pie fuera de la cama. Era el tributo que le hacía la mañana por levantarse tan temprano.

A la vez que desayunaba, sus pensamientos iban conectándose con la agenda de la jornada, siempre intensa, siempre llena a rebosar de proyectos, informes, atención directa.

Como técnica de la administración, se aplicaba en todo cuanto estaba de su mano. Era la única forma que conocía para que las cosas salieran bien.

Su empeño sin embargo, no era bien correspondido. Tras más de una década de trabajo, aún no era personal fijo. En la edad media de la vida, con hijos e hipoteca, su vida laboral estaba en suspenso. Sus jefes, sabían que el mundo giraba gracias a gente como ella pero dejaban que la avería de su contrato, pasara de gobierno en gobierno.

A ellos, el amanecer no les rendía ningún sencillo homenaje.

GELINES DEL BLANCO



En un lugar profundo y escondido se encontraba su esperanza, sin voz, apagado su esplendor de años pasados. Candela no era capaz de verla ni de sentirla y había olvidado su significado, su nombre y los múltiples matices que podía aportar a su vida.

Las miradas se posaban en ella con indiferencia, con esa indiferencia propia del desconocimiento, las prisas y el individualismo, sin reparar en aquellos párpados que ya apenas dejaban escapar la poca luz que se reflejaba en sus ojos, ni en aquellos labios inexpresivos que con frecuencia se plegaban levemente intentando simular una sonrisa sin conseguirlo.

Cada día que pasaba le importaba menos, y le resultaba agotador incluso levantarse de la cama para ir al trabajo. «Buenos días» saludaba cuando se cruzaba con sus compañeros, como una autómatas a la que han programado para repetir una fórmula matemática.

Las personas con las que trabajaba solo se acercaban a ella cuando era imprescindible. No les caía bien, o para ser sincera, simplemente no les caía, no gastarían ni un minuto en conocer a una persona que aparentemente no tenía nada que aportarles.

Su vida era monótona y marcada por su creciente apatía. Después del trabajo, dejaba caer sus pesadas llaves sobre la consola de la entrada y su cuerpo en el sofá. Pasaba varias horas allí sin saber con certeza si estaba dormida o despierta y dejaba que la tarde transcurriera lenta y vacía. Cuando empezaba a anochecer, normalmente su estómago reclamaba con tal fuerza su atención que no podía ignorarlo y la mayoría de las veces apenas encontraba algo en la nevera que aplacara su hambre. Después volvía al sofá y se quedaba dormida con la ropa que había llevado puesta durante toda la jornada.

Era la primera semana del otoño y su teléfono sonaba con una insistencia angustiosa. No quería contestar, pero escuchar aquel tono repetitivo la hacía revolverse incómoda mientras pretendía dejar pasar el tiempo sin responder a ningún estímulo externo. La imagen de su madre se coló en

su mente como un intruso al que no has permitido el paso a propósito. Le recorrió una intensa sensación de tristeza, casi pudo sentir su último abrazo cuando se despidieron al otro lado del océano, una inmensa masa de agua que se le antojaba la causa de la ruptura de su vínculo con la vida.

Intentó desterrar esa imagen, solo la ocasionaba dolor y la invadía una gran impotencia y frustración. Si su madre la viera en el estado en el que se encontraba estaba segura de que se avergonzaría de ella.

Tenía la sensación de que no pertenecía a ninguna parte y que solo causaría desprecio y decepción en aquellos que en el pasado la admiraron y la vieron como una mujer valiente con la fortaleza propia de las personas que se atreven a luchar por sus sueños.

No sé si fue por una de esas casualidades de la vida que nadie es capaz de explicar, por azar o por alguna fuerza procedente de algún ancestro que detuvo su mirada sobre ella, pero sucedió algo que hizo que su vida cambiara para siempre.

Era martes y Candela fue a trabajar como de costumbre, con su ropa gris y su mirada lánguida. Se sintió tan invisible como cada día, pero no lo era. Ese martes había llegado alguien nuevo a la oficina. Elena la observaba desde la mesa, y reconoció aquellos labios sin expresión, y la falta de brillo en la mirada, porque también se habían convertido en sus acompañantes años atrás.

Sabía muy bien lo que era encontrarse lejos de sus raíces, sola e incomprendida, decepcionada con el mundo, ignorada. Pasó por su lado y le dio los buenos días, su tono de voz monótono, apagado, le resulto familiar. Sabía que si le preguntaba cómo estaba no la respondería con sinceridad y no quería incomodarla. Pero decidió hacer lo posible por hacerla sentir mejor. Quería ayudar a aquella mujer como otras personas lo habían hecho con ella.

A partir de aquel martes y durante varias semanas, Elena empezó a tener pequeños detalles con Candela. Cuando ésta le saludaba le regalaba su mejor sonrisa, todas las mañanas se acercaba para comentarle algo nuevo, así, poco a poco, consiguió ganarse su confianza y que accediera a que tomaran un café juntas una tarde. Fue entonces cuando le habló de su experiencia y la explicó que quería acompañarla y ayudarla en lo que necesitara.

Candela fue abriéndose poco a poco y escuchando con atención una historia que parecía la suya propia. Decidió no dejar pasar sus consejos y agarrarse cada vez con más fuerza al salvavidas que había caído en sus manos.

Fue reconociendo lo que la pasaba y una tarde consiguió romper la barrera que la impedía contestar al teléfono. Su madre la escuchó con la incredulidad de quien habla con un fantasma y rompió a llorar, había llegado a pensar que la había perdido para siempre, pero nunca había renunciado a la esperanza de volver a escuchar su voz y fue consciente de que hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

No pudieron verse durante años, ni abrazarse, pero pudieron escucharse y sentir el calor del amor que se tenían.

Candela pudo volver a mirarse en el espejo y reconocer a Elena como parte de su familia. Consiguió cerrar los ojos y recordar el olor a tierra mojada y hojarasca de la montaña en la que había crecido y encontró en su interior las raíces que creía perdidas, nunca se habían separado de ella y ahora las lucía con orgullo en los colores, las telas y los adornos con los que decoraba su ropa, en los matices de sabores de sus recetas y en los recuerdos que compartía con sus amigos. Por fin sonreía.

REGINA
CASTAÑÓN

GRACIELA R.
RODIÑO





AVE LIBRE

BEATRIZ BERROCAL

Voz: BEATRIZ BERROCAL

Como vengo del silencio quiero música y algarabía a mi alrededor. Alegría, danzas y sonrisa. Atrás quedó la pena y el llanto que tanto mermaron mi ilusión de vivir.

Y como crecí entre lutos infinitos, ahora quiero todos los colores del mundo jalonando mis arrugas, que no son más que cauces por lo que transcurrió la vida.

Nací mujer ¿Y qué? ¿Tan malo era llegar a una causa donde la única mujer era mi madre?

Se me fue demasiado pronto, mi única aliada se consumió en la vida que luego heredé sobre mis infantiles hombros, mi espalda de adolescente y mi eterna esperanza de que algo tenía que cambiar.

Pero no hubo cambio alguno. Solo órdenes, tareas que aumentaban mucho más aprisa de lo que yo podía hacerlas y riñas o golpes cuando las cosas no salían al gusto de padre o de los hermanos mayores. Echaron sobre mí una responsabilidad que no hubiesen podido asumir ni entre todos ellos junto pero la menor queja por mi parte se pisoteaba con cuatro palabras que se me grabaron a fuego. Para eso eres mujer.

Hoy sé que no, que ser mujer no es un castigo sino un gozo, hoy soy más sabia que antes porque envejecer me ha hecho grande, fuerte, y feliz, muy feliz.

Sé que nunca es tarde para resurgir, que lo aprendido son cimientos para reconstruirse, que pequeños gestos durante mucho tiempo lograrán igualar lo que jamás tuvo que ser distinto.

El camino es largo, sí, pero somos expertas en no tirar la toalla porque siempre tocaba a nosotras recogerla.

Hoy despliego los colores al viento y sueño con mis plumas volando entre verde enredadera.

Tengo más años que Musalén, pero estoy viva, que es lo importante.

Desde la ventana veo un trozo de azul que se abre ante mis ojos, a veces pienso que es el cielo y otras que es el mar.

Será lo que yo quiera. Las aves libres somos así.

LALY DEL BLANCO



MARIPOSAS

LALY DEL BLANCO

Mañana Soraya cumple 16 años. Anda tan seria y ausente que ni siquiera quiso acompañarme a elegir la tela para el vestido de la celebración. No quiere nada. No pide nada. Sólo calla, aunque sus ojos delatores, cuando no están perdidos en el vacío, me suplican que convenza a su padre... Y los míos, incapaces de sostener su mirada, huyen a la aguja y empapan el bordado que estoy haciendo, con el mismo número de puntadas y de lágrimas, por no poder concederle a mi hija el único regalo de cumpleaños que desea.

Sabe que no volverá a despertar con risas ni se dormirá con sueños juveniles, que no tendrá un amor y un desamor y luego otro... porque mañana este maldito traje cubrirá su vida y la arrastrará hasta su dueño. Me será difícil esquivar el último grito de sus ojos, suplicando que su padre no la case con ese hombre que dobla su edad y tamaño.

Y en un intento de aliviar tanta tristeza, le desvelo el secreto oculto en el vestido que lucirá mañana. He dedicado días y noches a que ni un solo hilo quedase sin una caricia para que, cuando lo lleve puesto, con cada roce sienta que anida en mis manos y que estoy con ella. Y también he bordado una Mariposa enorme en su interior, en la parte de atrás, con las alas bien pegadas a su espalda para que, cuando vea cielo abierto, alce el vuelo hacia sus sueños, sin mirar atrás...

MARÍA LUISA GRANDE





ABLACIÓN

MANUELA BODAS

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Nací en un lugar equivocado de la tierra.
Solo tengo ocho años,
mis padres sonríen, me cuentan que es el día de mi
fiesta.
Tiñen mi minúsculo cuerpo con hermosos
dibujos de gena.
Debajo de un árbol abren mis pierna,
La mano de mi madre ahoga mi grito de dolor.
cuando de un corte limpio, rebanan la posibilidad de
ser una mujer entera.
A miles de kilómetros las niñas de ocho años
solo piensan en jugar con muñecas.

MARÍA LUISA GRANDE

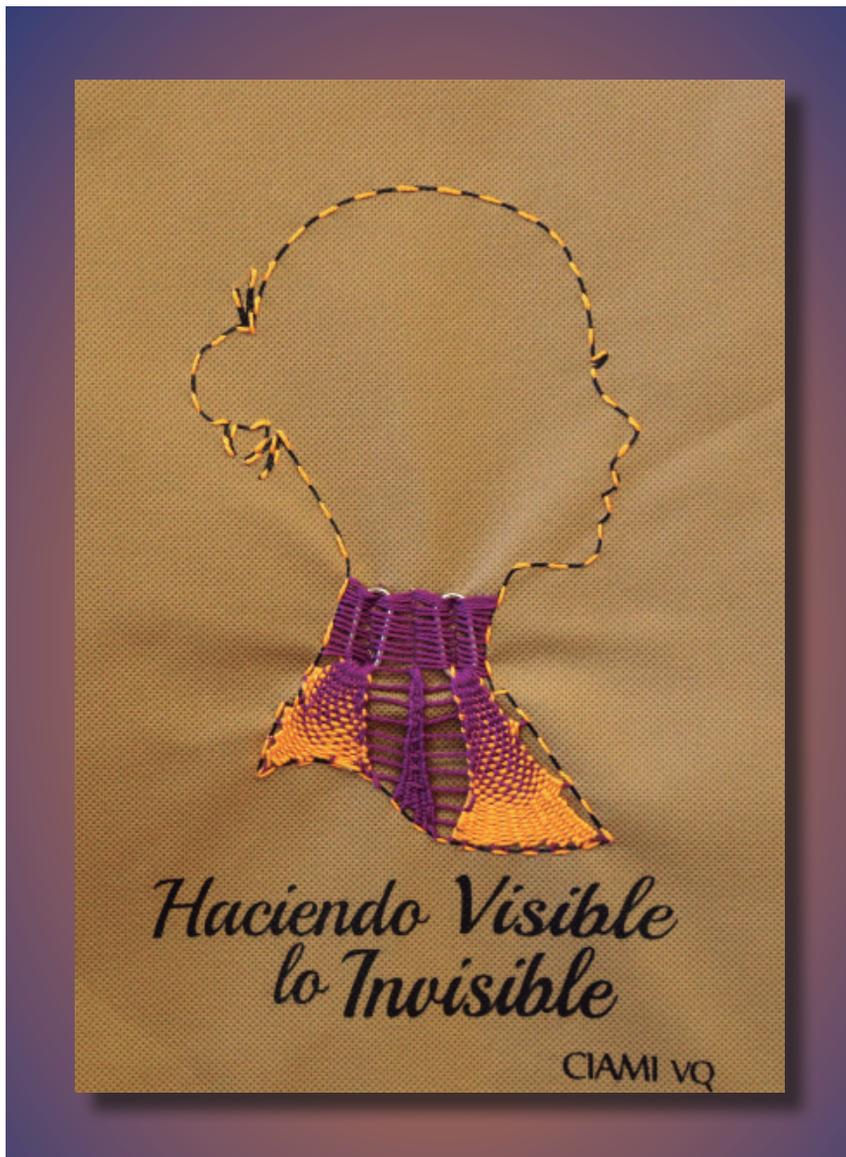


MUJER CON FLOR

MARINA DÍEZ

Mujer, arráigate.
No te percibas cultivada
y disfruta del florecer
en cada una de las estaciones de tu vida.

MARÍA LUISA GRANDE





EL COLOR DEL PÁNICO

CORAL LÓPEZ

Voz: EMI FERNÁNDEZ

Entonces te vi, como una flor de loto, flotando entre ofrendas dignas de una diosa. Atenta en el bosque, danzando al son de los latidos que allí moran. Y de los escombros de la nada, donde amenaza lo desconocido, escuchaste al dios Pan. Aquel ser, mitad hombre-mitad cabra, avanzó con sus pezuñas.

En mi rostro, una lágrima comenzó a brotar y titiló como una estrella hasta quedar congelada por el miedo. Pero tú, te giraste hacia él, despeinaste tu cabellera, arrancaste las perlas de tu collar, y bailando con el alma, te tragaste hasta los gritos de su madre al verlo nacer.

Él se detuvo, sorprendido de que no huyeras como todos. Se postró de rodillas, agachó la cabeza, le tocaste los cuernos y se fue sin mirar atrás. Y dicen, que por ello perdiste el color, y aquella belleza que deslumbraba se volvió oscura. Pero a mí, el eco de tu valentía me descubrió el espacio y el momento que ocupo en este mundo. La lágrima resbaló, y supe que ya no volvería a ser el mismo.

UN COLLAR DE ALAS

MANUELA BODAS

— No, no me toques el cuello. ¡El cuello no!

El muchacho se separó alarmado. Ella agachó la cabeza y comenzó a llorar.

—¿Pero te he hecho daño? Lo, lo..., lo siento, no era mi intención. Perdona.

La muchacha le miró llena de preguntas.

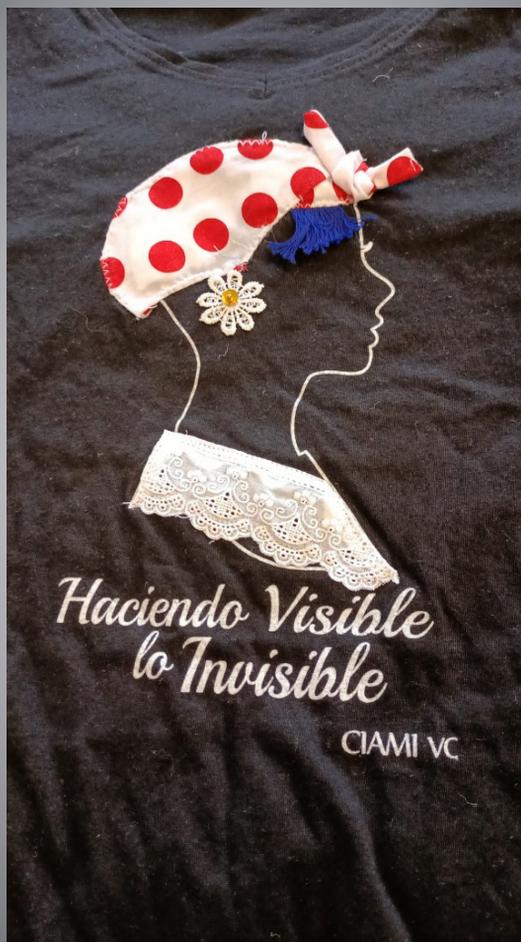
—Tengo que contarte algo. En mi cuello yacen los vestigios del horror. Cuando nací, mi padre intentó ahogarme. Era niña, y las niñas allí no teníamos esperanza. Supongo, por lo que después me contó mi madre, que él no quería que yo fuera un despojo de aquella sociedad en la que no teníamos ni el valor de un animal. Mi madre me rescató a tiempo, pero me quedaron para siempre, marcas en el cuello. Cuando crecí un poquito, ella me regaló un collar de alas, así lo llamó cuando me lo colocó llena de ternura y lágrimas. Con sus manos tejó una gargantilla de hilo que tapaba el tejido muerto.

El muchacho la volvió a tomar entre sus brazos, la besó lleno de empatía y ternura mientras acariciaba su cuello.

— De ahora en adelante, tu collar será de besos.



MÓNICA ROMERO





EL PLAGIO

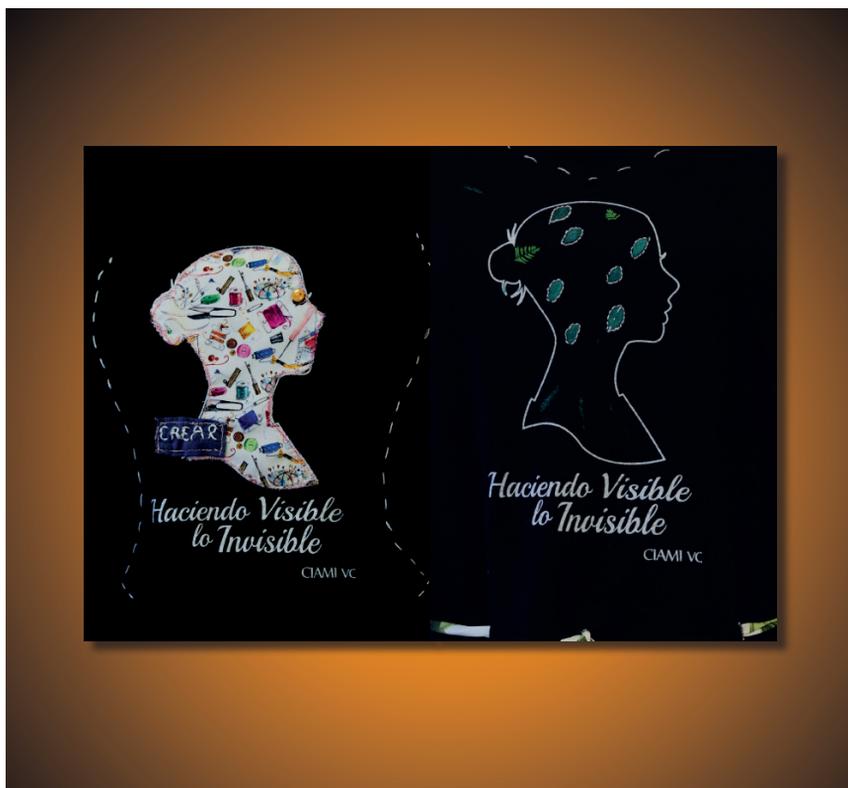
ROSA MARÍA G. QUEVEDO

Voz: ANA RODRÍGUEZ

En mi fantasía, tu imagen era aquella que adornaba la caja de galletas de chocolate que me habías regalado un día de Reyes. Ha pasado el tiempo, sí. Sin embargo, todavía recuerdo muy bien el cuello de tu blusa oscura: era sobrio, elegante, nube volátil de blanquísimo encaje; daba la impresión de ser espuma de mar disuelta en una roca o merengue ribeteando una exquisita tarta.

Luego, alguna margarita se había desprendido de su imperceptible tallo para quedar atrapada en el lóbulo de «doña Galletas» y... Pero ¿quién osaría plagiar, en una caja de cartón, con tanta indiferencia, tu retrato? No merecías ser copiada, aunque, en el fondo, no te importaba: para ti, importantes eran la elegancia y llevar pañuelos de lunares en días de fiesta. Humea el café. Lo bebo y estrecho dulces recuerdos: tu cuello bordado, los óvalos rojos... ¿Dónde estás, abuela?

MÓNICA ROMERO





UNA NUEVA DERMIS

MANUELA BODAS

Voz: ANUELA BODAS

Soñaba con la mar.
En su cabeza
vivían las olas
que darían luz a su cuerpo.
Su cuerpo, árbol ceñido
por el cingulo de un narciso
nacido entre sus caderas.
Pero sus caderas
eran de hada, de diosa,
eran laderas donde cobijar
manos y sueños.
Le habían puesto un traje
de género áspero,
que no le hacía bien a su piel;
por eso, cuando aquella camiseta
con sentido de ida y vuelta,
apareció ante sus ojos,
vio la luz del mar en sus puntadas
de vida y verdad.
Entró en la tienda,
se probó aquella urdimbre negra
tratada con dedos de magia,
y decidió dar el salto
que llevaba tanto tiempo guardado,
en el bolsillo superior izquierdo
de la piel de su existencia.
Aquella camiseta
sería su dermis nueva,
la que le daría las alas
del feminismo,
de la fe de ser cuerpo y alma
ya apaciguadas,
sin el estigma de la locura.

Pagó a la cajera
con una sonrisa de ángel
en su boca amapola y miel.
Salió con la camiseta puesta,
mientras caminaba
repasando sonriente,
la definición de feminismo:
"Doctrina que defiende
la igualdad de derechos
de ambos sexos".



MÓNICA ROMERO





LA TRISTEZA SE BAILA

NOEMÍ SABUGAL

Voz: MERCE BLANCO

Una muerte de perro. Eso había sido. Y ya no quería pensar en aquella muerte de perro, en aquella muerte de animal acechado, en aquella muerte en el agujero de una trinchera.

Un hombre. Un perro. En la guerra, tanto daba.

Y porque no quería pensar en aquella muerte no quería pensar tampoco en él, porque dolía tanto tanto tanto.

Al final apartó sus cartas del fuego de la chimenea -a eso las había destinado- y las aprisionó con un hilo de bramante. Las escondió en lo más profundo del último cajón de su cómoda y eso fue todo -años después las volvería a encontrar y volvería a llorar con ellas antes de, ya sí, quemarlas-.

Y tras haber guardado aquellas cartas y después de haberse cortado el pelo de una forma horrible y que horrorizó a sus padres, les dijo que se iba.

En la ciudad aprendió a olvidar y a sentarse ocho horas en su silla de mecanógrafa en una oficina con las ventanas sucias. Pero sobre todo, en largas noches en bares con luces bajas y olor a sudor y a deseo, aprendió que la tristeza se puede bailar.

MÓNICA ROMERO



*Haciendo Visible
lo Invisible*

CIAMI VO



PÁJAROS EN LA CABEZA

SILVIA PÉREZ

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Al principio fue un murmullo, aunque no se atrevía a asegurar que aquello fuera de verdad el principio. Sospechaba que hubo un algo antes de la conciencia y que aquel runrún confuso y continuo sólo fue una manifestación más clara de lo que había sucedido, si no siempre, desde hacía tiempo atrás.

Le recordaba a una corriente de aire que va y viene. Una corriente que a veces se soliviantaba furiosa y lo ponía todo patas arriba mientras que otras se deleitaba en un mecer gozoso lleno de pereza que lo hacía apenas perceptible. Le gustaba pensarlo como un tejido de oquedades transitado por aire, algo así como una espuma que ni siquiera podría decirse que pesara. Por eso no le dio importancia, ¿acaso puede molestar la ligereza, la espontaneidad gaseosa que lo mismo azota como alivia? ¿Se puede registrar lo imperceptible? Decidió que no, que mejor no hacer ni caso y continuar como si nada.

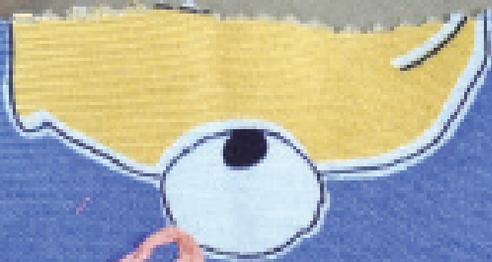
El aleteo fue posterior. Comenzó a sentir que el aire no contaba con la autonomía de aparecer o desaparecer a su antojo. Algo lo insuflaba. Fue entonces cuando el murmullo cobró cuerpo. Un batir de alas que, aunque grácil, necesitaba de esqueleto, de músculos y de membranas cubiertos de plumas.

Esta revelación fue algo así como la diferencia entre barruntar el agua al ver el cielo encapotado o sentir las gotas de lluvia en el rostro y reconocer el peculiar aroma a tierra mojada después de la tormenta. Por fin la sensación se materializaba. La extrañeza y el alivio se sucedieron entonces a partes iguales.

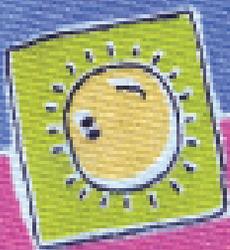
Al principio se tensaba cada vez que sentía el batir de alas con miedo a que alguien más pudiera ver aquel vuelo en su cabeza. Con el tiempo descubrió que no se trataba de un arrebató motriz, sino más bien un dialecto que intentaba comunicarle algo. Aprendió a no asustarse de las sonaciones, a aceptarlas como una compañía, quién sabe si tal vez la

protegían. Así, cuando alguien se empeñaba en discutir y le levantaba la voz, el batir se volvía rápido y agudo. Ella se ponía en guardia, los músculos se le tensaban, y entonces se daba la vuelta y salía huyendo sin esperar a más, sin importarle la expresión de asombro de los otros. En los momentos tranquilos de charla suave y continua, las alas se movían en una cadencia intermitente y predecible de rumor grave que la hacía sentirse cómoda y segura y la invitaba a departir sin temor. Dejó de juzgar si aquello era normal o no. Aceptar la existencia de semejante código la aligeró hasta un punto tal que, alguna vez, temió que ella misma pudiese salir volando.

En ocasiones, cuando le costaba tomar una decisión, interpellaba al aleteo, le pedía consejo. Parecía entonces ausentarse, entornaba los ojos ensimismada en un intento de dedicarles toda su atención. No podía evitar sonreír cuando alguien la miraba con reproche y le decía: “niña, tú lo que tienes son pájaros en la cabeza”. Y asentía para sí mientras pensaba cuánta razón llevas.



Handwritten Chinese characters in orange thread: 太阳公公



NORI SARMIENTO





CAFÉ CON AROMA DE MUJER

YOLANDA CASADO

Voz: YOLANDA CASADO

El reloj se prepara para dar las once y el olor a café ya inunda la estancia. Las hordas de oficinistas están a punto de colonizar el bar mientras mi patrón grita que me apure. Llevo dos años trabajando aquí de mesera y nunca me he demorado en mis tareas, pero él no cesa en sus chillidos, creo que le hace sentirse importante. Cuando los clientes entren en tropel por la puerta, exigiendo cafés urgentes, él sonreirá y se deshará en amabilidades que olvidará tan pronto desaparezca el último traje.

Pero nada de eso me importa. Este es mi momento. Me dejo llevar por su aroma, me arropa su calor y pienso en mi madre.

Mi madre, que recolectaba café, grano a grano, desde bien chica. Los productores preferían mujeres porque eran más delicadas y precisas, pero les pagaban menos que a los hombres, así que tenía que trabajar el doble. Cada noche llegaba deslomada a la casa, pero el cansancio que desprendían sus ojos nunca fue obstáculo para una sonrisa y un beso de buenas noches.

Mi madre que gastó cada moneda en la familia, nunca en ella, para que ni a mis hermanos ni a mí nos faltara un plato caliente en la mesa.

Mi madre, que un día, con la plata que pudo ahorrar, me compró un pasaje de avión y me envió al otro lado del mar para que mi vida fuera mejor que la suya.

El embrujo no dura demasiado. Las voces de los funcionarios y de los oficinistas resuenan en el cuarto y me arrancan del hechizo. Demandan con exigencia: solos, cortados y pinchos de tortilla. Las tazas vuelan en mis manos para atenderlos con presteza mientras me vuelvo invisible a sus ojos y siguen comentando el partido del día anterior, o el culo que tiene la negra, como si no tuviera también oídos.

Aunque allá lejos, siento a mi madre a mi lado. Me da fuerzas y paciencia. Es lo que hay. Y no es tan malo. Haciendo habitaciones cobraba aún menos.

Cuando podemos, hablamos por teléfono. Ella me cuenta que las cosas están mejorando, que hay asociaciones que luchan por la igualdad de los salarios y la carga de trabajo, y que incluso algunas conocidas, las que han podido estudiar, están en puestos de administración. Pero se le nota en la voz que la incipiente mecanización le hace temer por el futuro de su empleo. Por eso yo me hago la sorda ante las risas soeces y sigo sirviendo leche con un toquecito de espuma y una palabra amable: es necesario cada céntimo que le envíe.

Cuando la puerta se cierra por última vez, regresa la tranquilidad al bar. Hasta las dos, la hora del pincho y el vermut, tengo un ratito para recoger y descansar un poco. Mientras las volutas de café se van extinguiendo y la conexión con mi madre se rompe, pienso en mi hija, que aún le queda para salir del instituto. Pienso en que algún día ella estará al otro lado de la barra, en su descanso, y en cómo el café la unirá con su madre y con su abuela.



OLGA SÁNCHEZ ESCRIBANO





SELFIES GELINES DEL BLANCO

Voz: GELINES DEL BLANCO

Mujer se frotó los pechos con las palmas de las manos impregnadas de pigmentos destinados al bisonte y se sintió tan hermosa que deseó ser observada. Sentada en la entrada de la cueva se ofreció a los ojos vigilantes y a los siglos. Posó para ser cincelada en piedra, simbolizando carnosas Venus, ofreció el cuello a metales neolíticos y delineó con galena sus ojos egipcios. Hidrató la piel con barro del Nilo y canjeó halagos por inciensos orientales. Lució cintas romanas, perlas del medievo y recatados velos monásticos. Exhibió camafeos renacentistas, plumas exóticas, tirabuzones y pelucas barrocas, todo a cambio de un aplauso. Expuesta al escrutinio de nobles y plebeyos, fue feliz despertando admiración en pintores, escultores y youtubers. Cabalgó milenios montada en la aprobación de los demás, sin síntomas de edad, hasta el día en que Frida Kalho prendió una rosa en sus cabellos y un beso en sus labios y, como si de un cuento se tratara, despertó.

Ahora que sabe aparentar vientre plano tras dos partos, esbozar sonrisas agujereadas de tacones; ahora que sabe aumentar el volumen de los labios y exhibir su mejor perfil, justo ahora, sonó el despertador. La ducha arranca restos de sueño y la insaciable necesidad de agradar ojos ajenos. Suelta perlas, plumas y velos, conservando únicamente la rosa y el beso. De repente tiene pechos caídos, piel flácida, dolor de vértebras y un infinito agotamiento en el alma. Sin embargo, Mujer se ve tan hermosa como la mañana que salió de la caverna. Ya no desea seguir a la intemperie y regresa a sus adentros, para rematar el bisonte que la espera desde siempre, en su interior.

PATRICIA CAMPELO



LAZOS

MARIEN DEL CANTO

Mi boca sellada,
fue cosida con hilos del silencio.
Me inventaba cada día,
abandoné el sufrimiento del pasado,
el fondo oscuro que cribó mi vida.
Era de alta alcurnia, convertida a indigente.
Fui sometida por manos injustas.
Ejercí la prostitución,
amigos de antaño...me desecharon de sus vidas,
yo recé en soledad, mi desgracia.
Me sometieron, pegaron, oprimieron...
Sacé la sed de injusticia,
con apoyo de otras mujeres como yo.
el hambre,,, compartiendo pan duro de nefastas
experiencias
Fui encarcelada por haber alzado la voz,
reclamé mis derechos,
y desigualdad entre géneros.
Denostada, humillada, subestimada...
Se rieron de mis cualidades ignotas.
Mujer insignificante,
inservible para el trabajo,
gestionado por la fuerza.
Quemaron mi cuerpo con madera ilícita.
La lluvia castigó, las almas desalmadas.
Resucité entre cenizas
con horrendas quemaduras
que terminaron con mi cabello
cubierto con lazos.
El dolor de mis heridas,
fueron curtidas con lágrimas aladas
que cicatrizaron.

Nunca fui perfecta,
conviví con mis errores, taras,
y mis lazos de colores.
Elaboré un vestido con los sobrantes,
que cubrieron mis daños.
Hombros impolutos,
fueron mostrados.
Mis labios,
una gran sonrisa.
Me rodeaba el silencio,
salí a la calle,
y grité...
Soy una mujer libre.
Borré tristezas,
Empecé de nuevo.
Mi iniciativa,
contaba con nuevos retos
en esta sociedad donde fui invisible.



REGINA CASTAÑON



ESPEJISMOS

CORAL LÓPEZ

Nunca fui de máscaras, eso de los disfraces jamás me impresionó. Pero si alguien sabía de eso, era mi abuela. Y estos días de otoño, como si del rescoldo de la leña de mi infancia se tratara, algo me arde por dentro. Y me he estado acordando de ella. La primera vez que escuché hablar de las máscaras invisibles tendría como cinco o seis años. Tienen vida propia, decía a sus amigas. Relataba los componentes y aquellas mujeres se reían. En la cocina, ellas tejían, y yo las ayudaba a recoger los ovillos, doblar prendas o lo que hiciera falta. Todavía puedo sentir el calor de la lumbre y el olor a castañas. Luego se lo contaba a mi madre y también se echaba a reír, aunque alguna vez la cacé diciéndole a la abuela aquello de: "delante de la niña no, ¡qué ocurrencias tiene, madre!". Yo me acostaba y pensaba que eso era como la ilusión de los Reyes Magos, tardé en superar aquello de no dejar la leche para los camellos y la zapatilla para las chuches. Cuando descubrí que mi tío Zaqueo era un Rey Mago me desinflé internamente como un globo.

¿Cómo era?...ah sí, recuerdo aquella que estaba elaborada de piel curtida cosida con pedazos de los seres perdidos, una sonrisa cardada en días nublados, unos dientes fuertes capaces de morder el miedo, y unos ojos de Pietat. ¡Ah!, y una buena nariz, capaz de olfatear las intenciones, pero no recuerdo cómo las fabricaba... Sólo con los malabares de la vida he descubierto que mi abuela iba improvisando según los semblantes de las allí presentes. Zurdiendo el dolor entre hilos, lanas, agujas, botones y algún licorcito de endrinos o de manzanas montiscas.

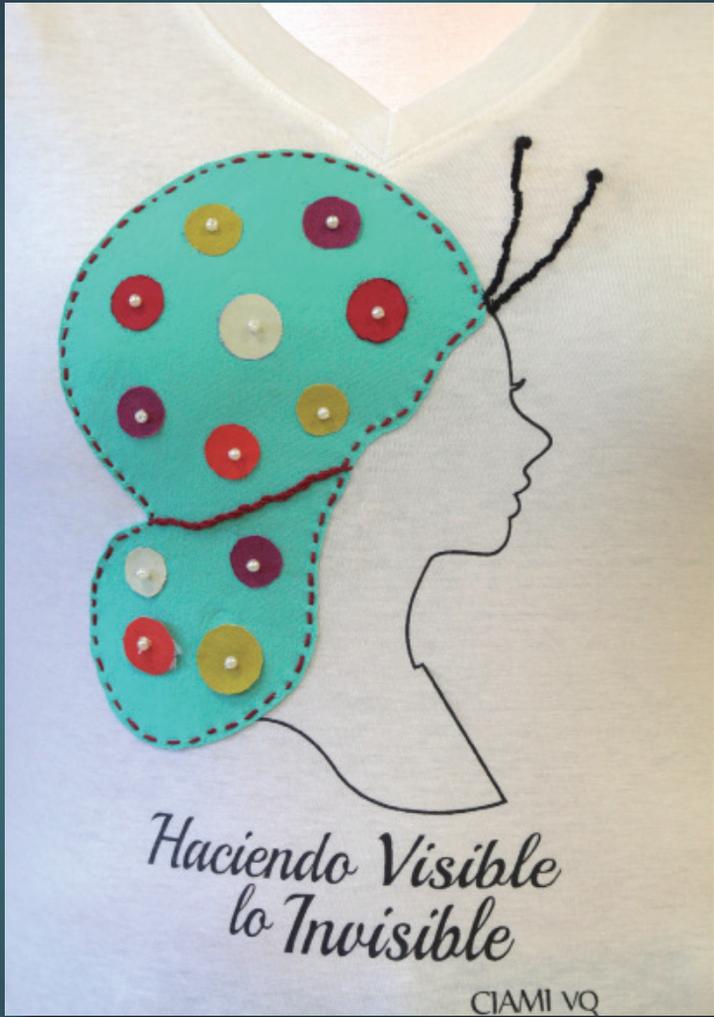
Anoche, supongo que de tanto tenerla en mi mente, soñé con aquella cocina, y con todas ellas. La nitidez ha sido tal que al despertarme he pensado que lo que estoy viviendo en este momento es un sueño, y lo otro la realidad.

¡Ojalá fuese así! En cada una de sus arrugas, de sus canas, de la forma de reír y de llorar, he visto los consejos y los consuelos que se daban unas a otras en las pausas que hacían para dejar de actuar en el circo de la vida.

Esta mañana, sentada en el tocador de mi amplia habitación matrimonial, me he mirado en el espejo. Sí, las cosas parecen que me han ido bien. Y cuando iba a maquillarme apareció mi máscara. Desvanecida en un momento por el recuerdo de que mis hijos, mi marido y algunos familiares más, me esperan hoy en un restaurante para celebrar mi cumpleaños. La mano me ha temblado...Y una tormenta de pensamientos me ha llovido, la de los sueños sin cumplir, el ocultamiento de un secreto que todos y cada uno de los que allí me esperan saben y consienten. La mía lleva piel morada de hipocresía, ojos de llorar hacia dentro, risa de morder el polvo y oídos de perdóname no volverá a suceder. No le doy más vueltas, nunca fui de máscaras, y me da la sensación de que nací con ella. Hoy no me maquillo, la bufona de este circo no va a seguir sacando conejos de la chistera. Estoy ansiosa por descubrir las tuyas. Pero antes, voy a dejar puesta la zapatilla y la leche en el alfeizar de la ventana, aunque no sea la Noche de Reyes.



REGINA CASTAÑON





MUJER CARACOL, MUJER MARIPOSA

DESIRÉE PIÑERO

Voz: JAVIER GUTIERREZ

No me gustan estos animales. Ninguno. Molusco e insecto. Sin embargo, la idea de fantasear con estos tipos de mujeres me resulta muy atractiva.

La mujer caracol se arrastra, se deja humillar, se esconde, protege a su prole al mismo tiempo que la victimiza. Si no hay sol, no saquemos los cuernos, no luchemos, no investiguemos, sigamos serpenteando lentamente casi siempre en completa oscuridad en la espiral de nuestro habitáculo. Siempre preparadas para tomar la decisión de escapar, pero sin atreverse jamás. Con la lluvia y el sol como compañeras.

La mujer mariposa es elegantona y traicionera. Ya lo decía Maná. Vestida de blanco para jugar a escaparse sin jamás decidirse a nada. Vestida de negro para anunciarnos nuestra muerte inminente Vestida de colores abigarrados solo para sorprendernos y llamar nuestra atención. Ovillada en el secretismo de su infancia para fascinarnos y huir.

Elegiría una mujer caracol que no temiese a la lluvia, que luchara, que se enfrentara y se defendiera.

Moriría de amor por una mujer mariposa orgullosa de su propia belleza, Sin necesitar la aprobación de nadie más.

REGINA CASTAÑON





GEISHA
SOL GÓMEZ

Voz: SOL GÓMEZ

Siempre tuve una relación especial con la ropa que yo atribuyo a dos causas o herencias:

La primera procede de mi madre que, con veintiún años, aprendió corte y confección en el taller de una modista llamada Rosario Gujarro en el barrio castizo de Chamberí, durante la temporada que vivió en Madrid, allá por finales de los años cincuenta.

Rosario, cuenta mi madre, siempre llevaba medias gruesas de punto, así trabajará enseñando en el taller o tuviera que asistir a una importante convención de modistos. Enemiga del uso de los pantalones que por aquella época empezaban a usar las mujeres en nuestro país, hoy diríamos que era una anti Coco Chanel.

Las alumnas que olvidaban algún material (carboncillo, papel, agujas) tenían que depositar un real en una cajita. Cuando mi madre lo oyó, pensó que se trataba del típico peaje de novata. Un día olvidó la cinta de medir y no puso la moneda. Con el tiempo se daría cuenta de que no era broma sino norma de la casa, de esas que se dicen un día y no hay que decir más. Y que ese dinero Rosario lo destina a las madres solteras y pobres. Pasadas unas semanas, mi madre depositó la moneda en pago de su despiste.

Las clases de costura se llenaban, sobre todo, de sirvientas que iban a hacerse el ajuar -antes toda la ropa, incluida la interior, se hacía en tela- y que, muchas veces, por motivos de trabajo, faltaban a clase. El día que no iban, no las cobraba.

Muchas veces me pregunto qué historia oculta se escondería tras la determinación y esa rectitud antigua de la modista. La he buscado en redes, no hay ni rastro. Solo la imaginación, que nos lleva por vericuetos que nada tienen que ver con la realidad, puede cubrir grandes vacíos.

El aprendizaje en ese pequeño taller de Santa Engracia le permitió a mi madre hacer luego sus "apaños" domésticos, contribuyendo así a la siempre escasa economía familiar en la que toda aportación siempre era escasa.

La segunda razón de mi amor por la ropa nace de la falta, de la carencia.

Criada –como un día escribió Isamil 9- sin pinturas de más, sin ropa para elegir, sin juguetes de sobra, muchas veces lo que llevaba puesto lo había heredado de mi hermana mayor, de mis tías, de las amigas de mis tías, de mis primas venidas de Francia. Ropa seguramente pasada de moda que a mí me encantaba. Me acuerdo de una falda granate de terciopelo y cinturilla de callos, de una blusa azul y rayas blancas que se anudaba en el pecho, de un vestido de color crema con soles bordados, ah del vestido crema con soles bordados...

Me viene también a la cabeza el recuerdo del verano que caí enferma con hepatitis y unas amigas de mi madre me regalaron una Nancy a la que amé con verdadero amor de madre y a la que, ayudada por la mía, hacía vestidos.

Casi adolescente, con las revistas “Burda” que caían en mis manos, empecé a sacar patrones. Modelos siempre muy sencillos donde lo importante, más que la forma de la prenda -que también-, era la elección del tejido, el estampado, el colorido, la textura.

Ya adulta, hice algunos cursos de corte y confección. Sacar el patrón con medidas concretas, plantarlo en la tela, cortarla (qué gusto indescriptible emplear la tijera) hilvanarla, coserla mano, luego a máquina... son tareas hermosas que requieren atención, concentración y una buena dosis de paciencia. Hace tiempo que no coso. Ahora escribo, actividad que se parece mucho a la de la costura, pues los ingredientes son, básicamente, los mismos: deseo, imaginación, uso de las manos, desbaste, calma, y siempre sin perder el hilo.

La contemplación de la camiseta de la Geisha, magníficamente creada por Regina, con su peinado shimada recogido en una flor verde esperanza a juego con su kimono, me lleva a pensar en estas cosas. Pero voy un poco más allá. Quiero imaginar que la geisha un día dejó su trabajo consistente en entretener en fiestas, reuniones y banquetes, abandonó su ancestral atuendo, se retiró el maquillaje y afeites de la cara, se soltó su bien construido pero pesado peinado y, con sus manos de labor y la melena al viento se dedicó a la hilatura de la seda. Hoy, crisálida convertida en mariposa, sus creaciones son conocidas en todo el mundo, haciendo visible lo que siempre estuvo ahí, antes incluso de que ella naciera.

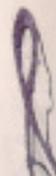


Visible
visible

CHAIQ



Hawaiian
de la

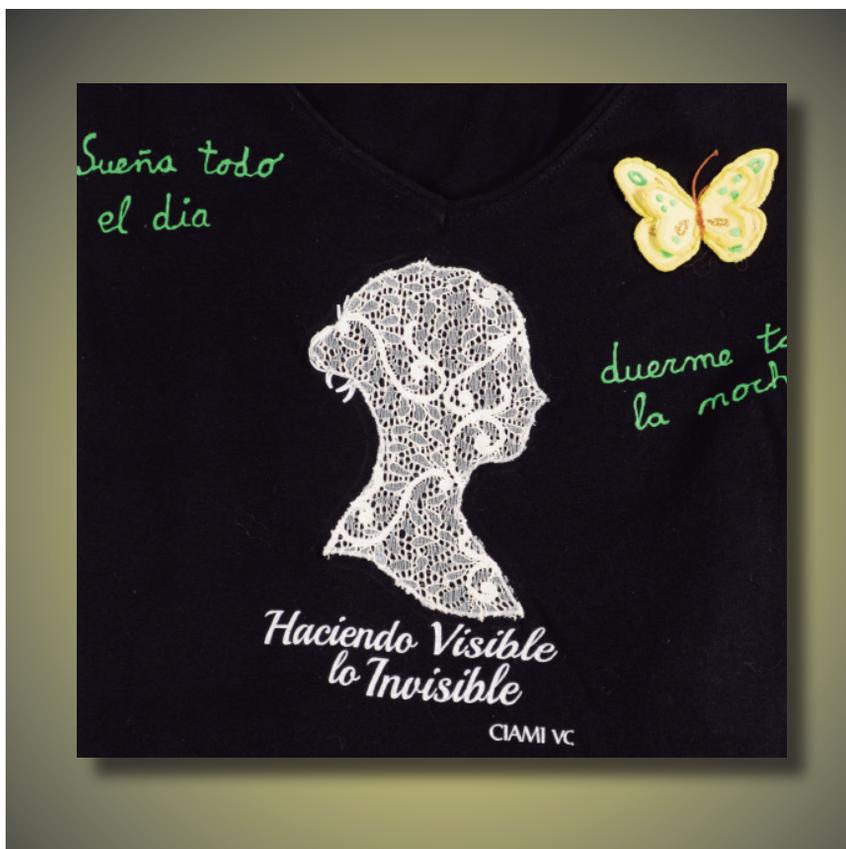


de la



de la

ROSA GARCÍA



ENCAJE CRUDO, TINTA AZUL LALY DEL BLANCO

Como cada mañana, con la frente apoyada en el cristal que la separa del mundo, espera la llegada del cartero. Solo los días que se detiene en su buzón computan en su vida. La prudencia la retiene unos minutos, hasta que el hombre se aleja. Después, abre la cancela y va al rescate del sobre: Destinatario desconocido. Una vez más...

Un suspiro resignado y tres calas del jardín que recoge casi al vuelo, en su regreso al interior. Ya en su cuarto, pone las medias de cristal con liga azul y los zapatos color marfil. Recoge el pelo con el pasador de perlas y se pone el vestido de encaje crudo con el que una vez... casi se casa. Acaricia el piano y sus pies siguen el ritmo del vals imaginario que aún ensaya. Baila el encaje crudo a ritmo de otro tiempo, mientras tararea un *Sí quiero*, con las calas en la mano.

La noche la encuentra como siempre, sentada ante el escritorio, papel, pluma y tinta azul. Abre el cajón de los sueños, saca la lista de invitados, amarillenta por los años y ajada de tanto doblarse y desdoblarse. Tacha el último destinatario desconocido.

“Alguno quedará vivo” piensa, mientras escribe el nombre del siguiente, con caligrafía perfecta a pesar de las ocho décadas de sus manos: Me complace invitarle al enlace...

Y con todo ya soñado, se duerme.

ROSA GARCÍA





TRES ESTACIONES

VANESA DíEZ

Voz: MAGDALENA TEJERA

Primavera, verano, otoño...

Estoy helada en la ducha aunque sé que el agua está saliendo muy caliente.

No es mi frío un frío de piel, es frío del alma, del vientre, de la pena que tengo en las entrañas, por eso no hay nada que me alivie.

Corriendo por toda la casa, las niñas juegan y ríen y yo no quiero salir de la ducha porque no me quedan fuerzas para reír ni jugar con ellas.

Aquí me siento segura, bajo el chorro hirviendo (helado) porque no tengo que dar explicaciones ni disimular ni sonreír.

—Pero si ya tienes dos...-Suelen decirme.

Primavera, verano, otoño...

Me doy cuenta de que llevo un rato llorando, llorando a chorros, confundidas mis lágrimas con el agua helada (hirviendo) de la ducha.

Esta mañana me fijé en que la mayoría de los árboles han llorado también sus hojas. Pasó la primavera, acabó el verano y el otoño se me ha vuelto a echar encima, un otoño diferente, otoño sin luz y sin vida, sin cuenta atrás en el calendario.

Primavera, verano, otoño... Pensaba vivir tres estaciones de ilusión y sueños, de felicidad esperándote. De futuro.

Me he quedado con un otoño de piel helada, de ducha helada, de vientre helado.

Hoy tampoco voy a ser capaz de llevarme tu cuna sin montar, tu ropa sin estrenar.

Hoy solo dejaré que caigan las hojas, que me acaricie el agua tan caliente... sin prisa.

ROSA GARCÍA





LA LLUVIA DE ANA

MARTA REDONDO

Voz: MARTA REDONDO

Cada mañana acudía a su recién estrenado puesto de trabajo en la guardería del pueblo a recomponerse la vida, ávida de la algarabía y el bullicio escolar. Era su manera de drenar años de terrores nocturnos, de golpes y hondonadas.

Los ojos se le perdían tras los diminutos niños duendes, vestidos con sus batas de colores.

Recibía las cascadas sonoras de los pequeños que poblaban los pasillos.

Entonces se dejaba llevar por el risueño ensueño de aquellos acordes infantiles que eclipsaban su ineludible congoja.

Y los golpes nocturnos que pugnaban una y otra vez por perpetuarse en su piel tatuada, se agazapaban, clamando por salir, polvorientos, implacables bajo el paraguas pórtico de su dolor callado.

Cuando nos conocimos, Ana gemía mientras realizaba sus labores de limpieza deslizando lenta su ballesta sobre el mobiliario escolar, mojando sus sueños acurrucados, al lento compás de la pulcra fregona.

Consumida por las pastillas de la depresión y, a resguardo de las llovias de golpes, vivía relativamente tranquila bajo una orden de alejamiento. Sus pupilas custodiaban una inoportuna lluvia de melancolía por el amor perdido.

Solo, mientras los parvularios la rodeaban durante sus recreos en sonora danza, creía recobrar la vida bajo el rocío ausente de una lejana primavera.

LARGA ESPERA

ALMUDENA REGUERO SAÁ

Después de una larga espera, había llegado el gran día. Sara impaciente daba los últimos retoques a la maleta que llevaba meses preparando a escondidas y dónde cabían más de diez años de vida. Cogió el abrigo y el bolso, comprobó que llevaba el billete de autobús a Valencia. Se miró en el espejo del recibidor y, no se reconoció, vio por primera vez a la mujer que en realidad quería ser, la que elige su destino y toma sus propias decisiones. Apenas quedaba rastro de la mujer sumisa que callaba por no contrariar a su marido. Se colocó un mechón de pelo, que se le había soltado de su coleta y dio un toque de color a los labios.

Abrió la puerta y sintió una especie de vértigo que le recorrió todo el cuerpo, pero estaba decidida a seguir adelante, no quería más golpes, más gritos, más amenazas, ni más miedo. No era el momento de flaquear.

Cuando salió a la calle, dio un resoplido y sintió una gran liberación. Llovía intensamente, abrió su paraguas arco iris, esbozo una sonrisa y sin mirar hacia atrás y con paso decidido, tomó la avenida principal en dirección a la estación.



ROSA GARCÍA





DISEÑANDO EL FUTURO

ANA VILLANUEVA

Voz: JAVIER GUTIERREZ

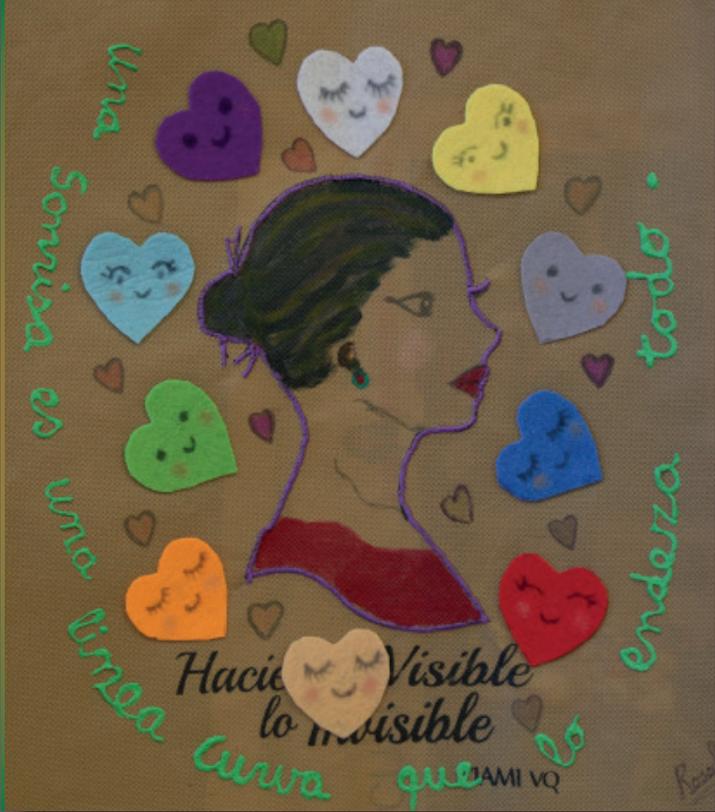
Creadoras, arquitectas de un universo sensorial, material, humano. Generadoras de vidas y de sentimientos, anhelos, de amor infinito que se extiende por las raíces de nuestros ancestros y se prolongan vigentes dando continuidad a nuestra especie haciéndola inmortal. Mujeres que con sus manos producen desde los más sencillos artilugios hasta catedrales, obras de ingeniería o mecánica.

Mujeres competentes, intuitivas, artistas y arquitectas de sí mismas. Capacitadas para edificar obras icónicas llenas de simbolismo que plasman la esencia de su alma. Herencia de generaciones pasadas que han transmitido sus valores a sus hijas con la premisa de que nada puede impedir que construyan sus sueños. Sueños forjados en obras arquitectónicas eternas que sobrevivirán por generaciones enseñándonos que tras los muros de piedra existe un espíritu femenino.

Un hilo que entreteje las fibras de nuestra sociedad entre filamentos iconográficos haciendo visible lo invisible. Una vida en manos de otra vida que ha enseñado a sus descendientes la importancia de creer en ellas, de que nada puede entorpecer sus sueños y de la necesidad de hacer realidad nuestros anhelos sin importar el género al que pertenecemos. Luchar por no ser silenciadas, por edificar arquitecturas reales e ideales que hagan de nuestra sociedad un mundo igualitario donde nadie sea juzgado por su condición sexual, sino por sus propios méritos y valías.

Mujeres poderosas que han aprendido de sus madres los valores fundamentales del esfuerzo y dedicación para perseguir los sueños que un día, a modo de edificio, se convirtieron en realidad. Una realidad persistente que mantendrá en sus estructuras arquitectónicas la esencia de esas mujeres creadoras del futuro.

ROSA GARCÍA



LA SONRISA ES UNA LÍNEA CURVA

ANA R. VILLAFAÑE

En la oficina todos ven en ella la alegría personificada; siempre atenta, dispuesta, amable y feliz. Con esa eterna sonrisa que dibuja su rostro.

Así la describirían sus compañeros de trabajo si una tragedia repentina sobreviniese y los medios de comunicación, sirviéndose de la mirada escudriñadora de sus compañeros, realizasen un retrato de Clara para contárselo al mundo.

En su familia, en su casa, en su hogar, todos la consideran tan importante como necesaria, el apoyo indiscutible, que todos necesitan para continuar el camino apaciblemente.

En sus grupos de amigos el sentir es compartido y generalizado: “¡transmite buen rollo!” “¡buena vibra!” dicen sobre ella a la vez que imitan su risa, su carcajada contagiosa.

Clara es alegre y lo transmite, “¡su sonrisa es su seña de identidad!” cuenta su amiga Lola.

Y, en ella, en ella esa eterna línea curva es su máscara, de la que Clara no se puede desprender, porque si se la quita se desnudará y la verán. Y quizá lo que vean no les guste, y eso Clara no se lo puede permitir, eso sí que no. Así que mejor así; disfrazada, bien tapada, con su dolor, con su quejido, con su desconsuelo, su fatiga, su cansancio, su angustia y apatía bien tapadas y disfrazadas de una eterna línea curva.

La línea, que se ve y que perfila el continente, portador de belleza, y que solo con incidir con el lápiz un poco, por poco que sea, puedes sentir la rugosidad, la imperfección, los pequeños bultos que sobresalen y que convierten a la línea en ser, en ente vivo, orgánico, poseedor de fricciones, de convulsos movimientos incoherentes y espasmódicos, que se retuercen hasta la extenuación, doblegando a la línea a la imperfección, a su esencia, a la curvatura, a esa esencia que pide a gritos salir y poseer voz, su voz, la voz de Clara.

ROSA GARCÍA





UNA Y TODAS

CORAL LÓPEZ

Voz: ANA RODRÍGUEZ

¡Cómo saber lo que borda el destino! Cosido con pedazos de sueños que son de otros.

En la triple imagen de contemplación, permanecen tus ojos.

Tres rostros muestras, una sola eres.

Creciente, llena, menguante.

Difuminando falsas sonrisas.

Recipiente de agrios abrazos, endulzados con la hiel del amor. Tal vez te dieron a elegir otros, pero no te sirvieron para amarte.

Callas, y asientes.

Detrás de un telón negro, no existen guerras de color. Blanca ausencia de Adán y Eva.

Contigo, o a pesar de ti, el “no” ya no carga culpas.

Tres rostros muestras, una sola eres.

Agradar a todos, guardiana de secretos y estatúa incorpórea.

Diosa Hécate de un templo sin culto.

Empapada en aguas de lágrimas que no son tuyas.

A veces, apariencia de anciana en una infancia adulta.

Otras, de una joven promesa.

Y como un sagrado misterio, comprendes tu viaje en el tiempo.

El nudo de tu garganta.

Entretejido de susurros con ansías de sonido.

Cicatrizas heridas, entre colores, telas, hilos y palabras sencillas.

Rompes tu hoja de ruta.

Vuelves a habitar en tu piel de mujer.

Ahora, los miedos muertos, flotan en el viento.

Y se hace visible, tu cara oculta de la luna.

RUTH RODRÍGUEZ





HILO INVISIBLE

MARÍA DEL CARMEN PERNAS

Voz: MAGDALENA TEJERA

Mientras teje, Ruth piensa en el entramado de muchas vidas...

A veces - Se dice- el universo toma un montón de hebras grises y dibuja los días de lluvia...

Otras, madejas azules para perfilar el rostro de la noche...

Bajo los arcos de los edificios, coloca hombres y mujeres en tonos más oscuros que mezclan sus colores sin dejar de ser el otro...

Pero a Ruth, a veces, le sobra una brizna ... esa que no se ve... Entonces, deseo decirle que a menudo, el mundo, toma en sus manos uno de esos hilos invisibles y con él dibuja las estrellas fugaces, las sonrisas, los abrazos, las alas del viento, el olor de los libros antiguos, las luces de los puentes...

Y así, en este instante mágico, mientras desliza sus dedos por la lanzadera, Ruth, mujer, ya no es el mundo... es el infinito...

Pero, claro, no se lo digo ... porque yo no sé tejer...

SOFÍA ROMERO



MARIE CURIE

ALMUDENA REGUERO SAÁ

Ser la quinta hija de una familia humilde en un país y en una época de arraigadas tradiciones machistas, en la que las mujeres apenas podían acceder a la educación y tenían escasa relevancia a nivel político, social y cultural era un importante handicap para Marie.

Aunque ya apuntaba maneras, nadie podía suponer que aquella inquieta pequeña de mente tan despierta y ganas de aprender, se convertiría en “la madre de la física moderna”. Había heredado de sus padres la cultura del esfuerzo y sabía que el camino del progreso no era rápido ni fácil y, mucho menos para una mujer. Pasó muchas penalidades, pero nunca renunció a alcanzar sus sueños.

Se fue a París donde se graduó en física y matemáticas y fue la primera catedrática de la universidad de la Sorbona. Descubrió los elementos químicos Radio y Polonio y fue galardonada con dos Premios Nobel, convirtiéndose en la primera mujer en conseguir dicho galardón. Su relevante papel como científica colocaría a la mujer a la altura del hombre en la ciencia.

A pesar de su apariencia de mujer de ciencia, sobria y severa, era muy solidaria y generosa, se enfrentó al machismo y antisemitismo de la época y pudiendo hacerse rica con sus descubrimientos, los dejó a disposición de la comunidad científica.

Tal vez el secreto del éxito, como ella misma decía, era; “tener perseverancia y, sobre todo, tener confianza en una misma”

SOFÍA ROMERO





¿DÓNDE ESTÁ COCO?

MARTA MUÑOZ

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Durante años Gabrielle se había sentido minúscula. Minúscula y pequeñita como un átomo de polvo en aquella abadía cisterciense gris y sombría. Insípida. Tan invisible que creía probable que en algún momento fuera a convertirse en pasto de la voracidad del musgo.

Llegó al monasterio siendo casi adolescente y eso le había privado de una infancia huérfana pero cómplice. Las otras niñas, todas súbditas de la pobreza y el orden, habían tenido al menos la oportunidad de hacerse amigas desde la niñez, pero ella aterrizó en aquellos muros grises y sus nublados camastros cuando el colorete era el sueño por cumplir.

Nadie la hacía caso entonces y se dijo a sí misma que las tinieblas deberían alejarse de su frágil cuerpo. Así que hizo las maletas cuando supo que huir era más una responsabilidad que un despropósito y aunque nadie salió a despedirla, Gabrielle se fue en un autobús muy viejo que olía a petróleo y trementina.

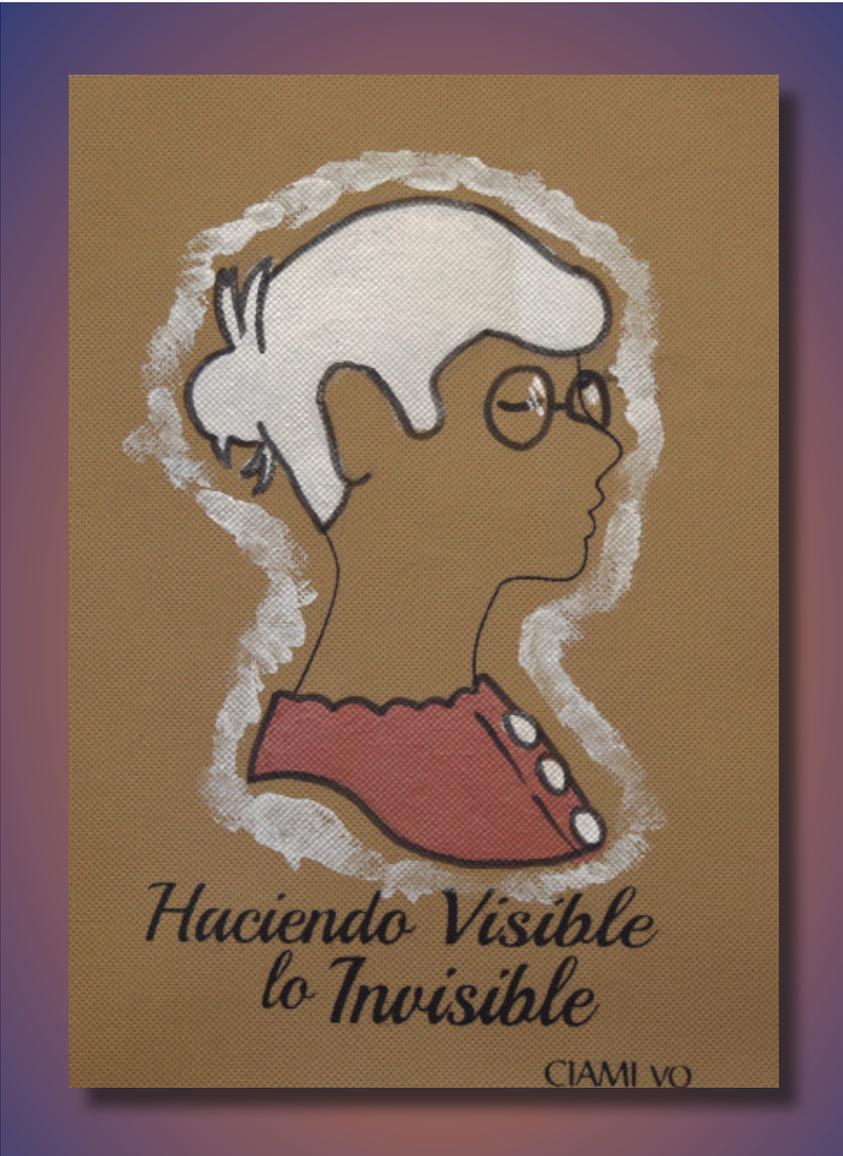
París era otra cosa. Era el deslumbramiento. Pero tanta luz estallándole en los ojos tras la ardiente oscuridad podría cegarla y lo sabía. Su madre le había enseñado un par de canciones y en su párvula inocencia pensó que tal vez esas melodías, la única herencia de una mujer enferma, podrían salvarle la vida. Así que empezó a cantarlas día y noche, noche y día, por todos los tugurios de París que admitían a principiantes desafinadas.

La música no sirvió de nada. La luz seguía sin amarla.

Daba largos paseos y se escondía del mundo. Sus amigas, el camarero borracho y algún amante ocasional preguntaban por ella. ¿Dónde está Coco? ¿Dónde está Coco?

Y su única confidente, que se llamaba Edith y tenía una voz muy grave, un chal muy sucio y una lengua muy larga respondía: 'En el Trocadero'. Siempre se escapaba allí, a sus majestuosos jardines desde los que divisaba aquel monstruo bello que amenazaba con engullirla. Y fue entonces cuando comprendió que la vida y el mundo han de mirarse desde arriba para poder verlos en su magnitud provocadora. Así fue como engendró su primer sombrero.

SOFÍA ROMERO





NACIMIENTO DE LA LUZ

MANUELA BODAS

Voz: MANUELA BODAS

Abrir los ojos a las alas de la calma.
Nacer y renacer cada día
Con los colores aprehendidos.
Incitar al tiempo: ¡Eh vial
Aquí estoy, cumpliendo
Nanas y pieles,
Apoyadas en el quicio del cariño.
Alondras tercas en mis manos
Naciendo a la suma de afectos
Con tantos defectos...
Igualando panes y sueños,
Aunando lágrimas y verbos.
Nacer cada día,
Aquí estoy tejiendo líquenes y genes.
Abrir el libro por el final
Necesitarme de mí
Con los otros. Ya soy otredad.
Inventar el re-cuento de los
Anocheceres eternos para, una y otra vez,
No nublarne en la sima
Azul del océano.

OTRO LARGO DÍA

ALMUDENA REGUERO SAÁ

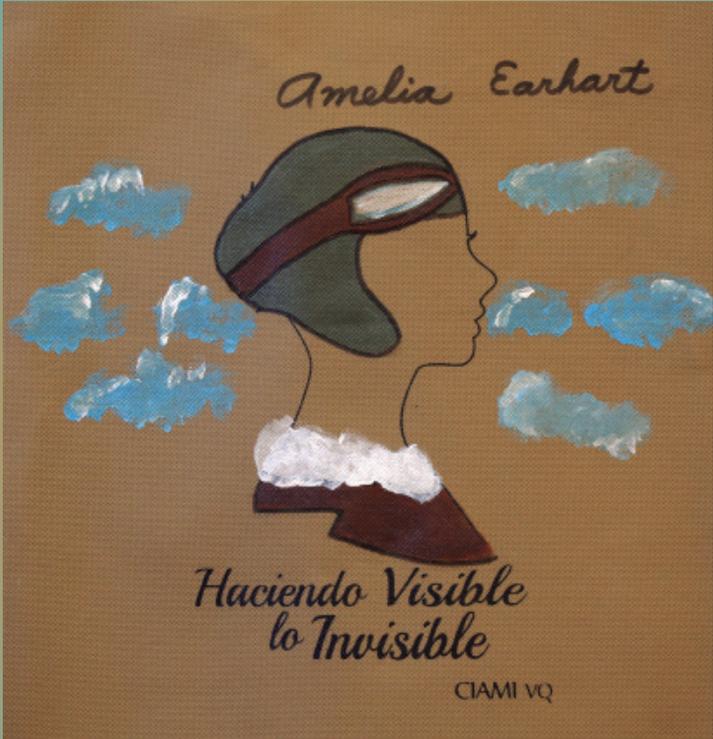
Hoy tampoco ha sonado el teléfono y ni ha recibido ninguna visita. Sentada en su viejo sillón, mira por la ventana cómo los niños juegan en el patio, mientras acaricia a su gatita Misina, que se ha acoplado en su regazo en busca de mimos. Ya no hace punto porque no tiene para quien tejer, apenas puede leer porque sus envejecidos ojos se cansan con facilidad y la televisión le aburre.

El reloj de cuco de la sala da las ocho, es la hora de cenar. Se levanta con dificultad agarrándose bien para no caerse, no se fía de su cadera y arrastrando los pies se dirige a la cocina. Al igual que todas las noches, no hará la cena. Abre la pequeña nevera donde solo hay una botella de leche, tres huevos, dos manzanas, cuatro lonchas de jamón cocido y medio tomate. Se apaña con cualquier cosa; un trozo de pan duro, medio tomate y un par de lonchas de jamón, que comparte con su gatita.

Antes de irse a dormir, como cada noche, comprueba que la llave del gas esta cerrada, que no hay ninguna ventana abierta y que la llave de la puerta esta echada. Se da cuenta que lleva echada más de cuatro días. Cuatro días que no sale a la calle ni ve a nadie, solo a los niños que juegan en el patio todas las tardes. Coge en brazos a Misina y se va a la cama. Sabe que mañana será otro largo día.



SOFÍA ROMERO





FLIGHT ME TO THE MOON NOEMÍ MONTAÑÉS

Voz: NOEMÍ MONTAÑÉS

La noche era terriblemente calurosa y estrellada con una luna absoluta, llena y brillante. Amelia, sentada sobre el tanque de combustible, con sus gafas de vuelo entre sus manos, que balanceaba buscando respuestas como si de un péndulo de radiestesia se tratara, respuestas a dónde estaría su límite: más distancia de vuelo, más altitud, menos horas, más técnica, cuánto tiempo. Observaba su Fokker FVII «Friendship» que se erguía sobre la pista, brillante y poderoso. A penas quedaban un par de semanas para iniciar EL VUELO, así con mayúsculas; ella, Amelia, en solitario. Ella, sola, cruzando el Atlántico, acompañada exclusivamente de su avión, un termo de sopa y un bote de sales.

Hoy cumplía los treinta y cuatro años y, a pesar de ser muy de celebrar con los suyos, hoy, tenía la imperiosa necesidad de festejar exclusivamente con la soledad, esa que sería su compañera de viaje en su próximo reto y en todos los demás. Por eso se escapó de todos a ese espacio que para ella era su lugar «aquí en la tierra», la pista de vuelo, para celebrarse a sí misma.

Ella nació con el cromosoma XX, en un tiempo en que hubiera sido más óptimo ser portador del XY. Nació a finales de un siglo en que superar hitos tenía género masculino. Y a pesar de ello, ahí estaba, en un oficio de hombres, rompiendo barreras de tiempo y espacio hasta entonces eminentemente varoniles. Pero ahí estaba, a pesar de todos los «no propios de su género», ahí estaba.

Después de un par de horas ensimismada en sus pensares e hipnotizada por la Luna, pensó en volver a casa; George estaría preocupado y al día siguiente había que hacer indispensables pruebas de despegue y aterrizaje. Empezó a levantarse y, cuando iba a bajar, un chorrete de petróleo la hizo resbalar y cayó precipitadamente sobre el suelo de la pista, perdiendo el conocimiento al topar su cabeza con la escalera de subida al aeroplano.

Despertó con un dolor punzante en la nuca, intentó torpemente incorporarse, pero le resultaba dificultoso, se sentía dolorida, la caída no

fue pequeña y —además— estaba toda cubierta de polvo, un polvo brillante y grisáceo.

Miraba de un lado a otro intentando ubicarse, pero la oscuridad era total. Para su alivio vislumbró su «Friendship», que ya no brillaba y estaba igualmente cubierto de ese polvo denso y tan antipático que la tenía cubierta a ella también.

Una vez en pie, se quedó paralizada por lo que veía a su alrededor: había desaparecido el hangar, los otros aviones, el depósito de combustible; aturdida se percató que solo estaban ella y su Fokker,; todo alrededor era un paisaje inhóspito, definido en tonos grises y con un horizonte oscuro y estrellado.

Observó que el suelo no era el asfalto de las pistas, y en plena observación, de repente oyó una voz profunda que decía:

—Buenas noches Señorita, ¿se ha perdido usted?

Amelia buscaba sorprendida, el origen de esa voz ronca y profunda, pero no veía a nadie.

—No se asuste querida, soy yo, aquí a su izquierda.

Volvió instantemente la cabeza hacia allí, y observó un cráter que exhalaba polvo cada vez que hablaba. Atónita se acercó, esperando encontrar a alguien dentro, sin éxito.

—Y dígame, ¿qué hace usted aquí?

—¿Ella, que no entendía nada, balbuceó:

—¿Yo? No sé, estaba en mi hangar...y ahora...

—Pues se ha desviado usted mucho, ¡Está en la Luna!

—Pero... ¿Quién es usted? Y... ¿cómo en la Luna?

—Sí, incompresiblemente sí, porque en mis archivos no se data la presencia de humanos hasta 1969 en que un tal Neil Armstrong, vendrá a romper la tranquilidad habitual.

Amelia caminaba en círculos alrededor del cráter intentado asimilar todo el disparate en el que se encontraba. ¿Cómo que el hombre va a llegar a la Luna?, ¿Cómo es que el cráter hablaba? ¿Cómo es que ella había llegado allí?

—Señorita, usted acaba de alunizar en ese estruendoso aparato, por su trayectoria está claro que venía de la Tierra.

—Yo tenía mi plan de vuelo, para llegar a Europa, a EUROPA, no a la Luna y además en un par de semanas, no esta noche.

—Pues le comunico que se ha ido un poco de trayectoria.

Ella, mascullando toda la situación, pensó, «bueno, después de todo, este sí que sería un récord histórico: una mujer, el primer ser humano en ir a la Luna, en un Fokker». Y la idea le pareció fascinante.

Se sentó en la falda del cráter y empezó a preguntarle mil y una cosas, sobre todo lo que había más allá de la Tierra y el cielo que ella conocía, sobre ese enorme universo tan desconocido. Y así, pasaron unas cuantas horas.

Tras la larga charla, y a pesar del hito lunático, decidió que tenía que volver a la Tierra, a su casa para contarle a todos lo que había sucedido. Pero justo cuando trataba de ponerse en pie, notó una palmada en su cabeza y una voz familiar que le gritaba: «¡Ameliaa, Ameliaaa, respóndeme...!».

Se volvió: era George. Amelia intentaba atropelladamente explicarle, pero cuando su marido —agobiado— pensó que había perdido la cabeza por sus incongruencias, ella se percató de que estaba en su hangar, con su depósito y su avión, ni rastro de la Luna, ni del cráter ni de las estrellas lejanas. Solo tenía un intenso dolor de cabeza.

Regresaron a casa, él le preparó un baño. Ella caminando hacia la habitación se fue desnudando y curiosamente iba dejando un sendero de un polvo gris denso... ¿Acaso polvo lunar? Su marido se asomó y le dijo: «¿Bajas de la luna y te vienes a cenar?, que ya es muy tarde...».

En su mítico vuelo y en todos sus vuelos posteriores, además de su termo y sus sales, volaba en compañía de la Luna.

PILOTO DE NUBES

CARMEN BUSMAYOR

Alabad el coraje celeste de esta joven piloto de nubes
cuyo nombre desconozco.
El ojo terco que vigila su sueño plisado en la altura.
Seremos amigas durante un vuelo cantable.
Quizás más tarde.
Quizás antes.
A lo lejos.
Sobre su pecho un tic-tac.
En nívea derrama el agua sobre la sombra arrugada de los muertos.



SOFÍA ROMERO





BAILA LIBRE

EMMA S. VARELA

Voz: MERCE BLANCO

Le dijeron tantas veces que no podía que se lo llegó a creer.

Le caló hondo que debía servir a su padre, que era menos que sus hermanos y que sus hijos tendrían prioridad sobre sus hijas.

Tanto fue así que su juventud la dedicó a fregar, la adultez a bordar y la vejez a cocinar.

Sin pensar en que ella tan solo quería bailar. Pero no tango, ni vals, ni ningún tipo de música que le atara a unos tacones, a una falda o a un hombre. Ella solo quería mover sus pies y sus pensamientos al mismo ritmo. Olvidarse de los trapos, de las agujas y del puchero. Sentir que podía correr hacia delante, retroceder para coger impulso y sentarse si necesitaba descansar.

Ser dueña de sus aciertos y también de sus errores.

Luchar por el éxito y dar la cara ante sus fracasos.

Esa cara que tantas veces tuvo que bajar ante quien se creía más que ella. Ante quien la dominaba por el simple hecho de llevar pantalones.

—Si volviera hacia atrás, mi niña- me decía removiendo la olla- si pudiera retroceder en el tiempo, habría hablado más y callado menos. ¡Habla cariño! ¡Defiende con tu inteligencia lo que tanto hemos callado a la fuerza! Lucha por las que no pudimos y por las que aún no pueden.

Y mientras me daba a probar el caldo continuaba:

—Pero no lo hagas sola. Busca aliadas, encuentra cómplices. Recuerda que un soldado solo no puede empezar una guerra. Ni tampoco acabarla. Pide ayuda, acepta opiniones. ¿Cómo ves el guiso de sal? Pero no te confundas. No repitas sus errores. Mira a los ojos de quien esté del lado de la igualdad sin importarte cómo vista, a quién ame o cuál sea su nombre. Y coloca, por favor, tres platos hondos en la mesa. Hoy viene tu hermano a comer. Pero no te preocupes por la vajilla, él me ayudó el otro día y bien sabe que todos comemos con los mismos cubiertos.

Todavía recuerdo a mi padre comiendo con la cuchara de plata y a mi madre con la de madera. ¿Qué sentido tenía si sus manos eran iguales?

Apagaba el fuego y pasaba la rodea al rededor. Yo no contestaba. Ella necesitaba hablar y yo escucharla. Leer en su discurso la valentía de mover el mundo.

—¡Niña! ¿Me escuchas? Mira tus manos y mira las mías. Son iguales, ¿verdad? Que no te confundan las arrugas. Con el puño cerrado desaparecen.

Los años pasan, pero las palabras de mi abuela no se olvidan. Y cuando veo un puño en alto no sé si hay arrugas, ni anillos, ni pintauñas.

Solo sé que ella baila libre en mi cabeza y que así la lucha continúa.



BAHÍA ALFA, CAMINO DOMÍNGUEZ,
CARMEN AMAYA, CARMEN OLAIZ,
MARÍA LUISA GRANDE, MÓNICA ROMERO,
NORI SARMIENTO, REGINA CASTAÑÓN,
ROSA GARCÍA, RUTH RODRÍGUEZ,
SOFÍA ROMERO





HARÉN INVISIBLE

LALY DEL BLANCO

Voz: ANA RODRÍGUEZ

Me cosieron la corona para que tú me creas reina, ignorando que me escapo por las noches a beber a morro en la cocina de palacio y entre risas, intercambio con Ayula cofia por corona, desde que yo soy prisionera y ella es libre. Soy Ayula, me querían esclava por nacer con la noche pegada a la piel y la miseria a la cuna, pero conseguí escapar porque llevo el viento enredado en las caderas y bajo mi falda se esconde una gacela. Se inclinan ante mi sombrero de gran dama, producto de una dote, sin saber que fui ramera y vendí mi cuerpo antes de que mi padre vendiera mi alma.

Cómo pesa el recatado sombrerito de amante y fiel esposa cubriendo los deseos que bullen en mi cabeza, sólo sofocados entre sábanas y abrazos de mi "amiga íntima". No me creas sumisa por parecer etérea y creada para la caricia, que soy una araña negra disfrazada de dulce geisha.

Cómo os turban las joyas y lentejuelas que me arranco cuando acaba la farsa y corro a reunirme en la taberna con mis hermanas aldeanas, despojándome del yugo de condesa. No veas una campesina en mis mejillas sonrosadas y la pañoleta de frenar vientos, que llevo la música en los dedos y cuando rozo pianos, hasta los jilgueros de la huerta enmudecen. No me supongas aburrída por esta cinta sujetando el sudor del pelo, que sobrevivo cada día a más vuelos que Amelia Earht, sin paracaídas y con tres hijos amarrados a la espalda. No me creas resignada bajo un burka, que llevo unas alas adosadas a la espalda para alzar el vuelo hacia mis sueños en cuanto vea cielo abierto, ni me digas india ni cubana ni africana, que todas nacimos y parimos hijos en distinta tierra del mismo mundo.

No prejuzgues, no encasilles ni supongas por ver un accesorio que solo representa el rol que desempeñamos ante el mundo, que a veces, somos lo contrario de lo que parece y lo opuesto a lo que se debe. Somos lo imprevisible. Arrancados los tocados y rasuradas las cabezas, nadie sabría quien es reina o esclava, dama o ramera, condesa o aldeana.

O quizá seamos todas la misma, hasta que nos instalan un tocado. Búscanos debajo.



Somos las mujeres que entrehilan las historias para hacer Visible lo Invisible

Ana Campos
Bahía Alfa Belanbría
Camino Álvarez
Camino Domínguez
Carmen Amaya
Carmen Olaiz
Cristina Masa
Encarna Álvarez
Gelines del Blanco
Graciela Rodríguez
Laly del Blanco
M^a Luisa Grande
Mónica Romero
Nori Sarmiento
Olga Sánchez
Patricia Campelo
Regina Castañón
Rosa García
Ruth Rodríguez
Sofía Romero

Almudena Reguero
Ana Rodríguez
Ana Villanueva
Beatriz Berrocal
Beatriz García
Begoña García
Carmen Busmayor
Charo Suárez
Coral López
Désirée Piñero
Emilia Laura Arias
Emma S. Varela
Inma Reyero
Luciana Gaitero
M^a del Carmen Pernas
M^a Manuela Bodas
Marien del Canto
Marina Arias
Marina Díez
Marta Muñiz
Marta Redondo
Merce Blanco
Noemi Montañés
Noemi Sabugal
Noemi Toribio
Nuria Antón
Rosa M^a González
Silvia Pérez
Sol Marcos Buschek
Sol Gómez
Vanessa Díez
Yolanda Casado
Yolanda Nava
Yolanda Trinidad



CIAMI
Centro de Información
y Asesoramiento a la Mujer
e Igualdad

Desde una pequeña puntada, un simple trozo de tela y unas manos de mujer, se entrelazan muchas historias silenciadas.

Historias que desde el Centro de Mujer e Igualdad del Ayuntamiento de Villaquilambre, hemos querido hacer visibles. Mujeres cotidianas, historias del día a día, de sus predecesoras, mujeres que han trabajado dentro y fuera de las casas, mujeres que han tenido que huir de sus países, mujeres, sin más, una palabra tan grande y tan sencilla que recoge muchos adjetivos...

Es el Proyecto ENTREHILOS donde nace esta red de tejedoras de historias a través de la aguja, y que se ha materializado en la pluma de más de cuarenta escritoras de dentro y fuera de nuestra provincia.

Este libro es una muestra de más de 50 camisetas y bolsos entrehilados en otros 60 relatos que pretenden suscitar una reflexión en torno a las desigualdades que han sufrido las mujeres a lo largo de la historia, pretende ser símbolo de lo coetáneo y de la herencia que hemos recibido en torno a roles y estereotipos... pretendemos tan sencillo como difícil,

HACER VISIBLE LO INVISIBLE